La caída de un ángel

Karina Hernández

Capítulo 1

“El príncipe no iba a regresar para despertarme de mi letargo mágico con un beso. Al fin y al cabo tampoco era yo una princesa, así que ¿cuál era el protocolo de los cuentos de hadas para otros besos? ¿Acaso la gente común y moliente no necesitaba romper algún hechizo?

Stephanie Meyer, Luna Nueva.

Capítulo I

El día en que él me dejó, se había convertido en el peor de mi vida; me encontraba en el suelo de lo que había sido nuestro nidito de amor, llorando como si me hubieran arrancado una parte de mi pecho, ¡nunca había sido capaz de llorar tanto!

Estaba sentada en el suelo junto a la puerta, esperando que en cualquier momento entrara y me dijera que todo lo que había dicho era mentira, que todas las cosas horribles que habían pronunciado sus hermosos labios no eran verdad... pero no sucedió. Perdí el sentido del tiempo y cuando menos pensé ya estaba tirada en el suelo llorando un mar de lágrimas que formaron una mancha en la alfombra blanca perfecta del departamento, el que había comprado para él y para mí, para estar juntos. Estaba tan cansada de llorar que no me di cuenta de cuando me quedé dormida en el suelo.

Antes de perder la batalla contra mis ojos del cual yo quería que permanecieran abiertos, mi mente me decía una y otra vez... "No va a volver", pero yo me negaba a eso, así que cuando mis ojos ganaron, perdí la razón, que sería por mucho tiempo.

No sé cómo fue que llegué a la cama de mi habitación, como tampoco sabría qué había pasado durante una semana. Desperté sin comprender que estaba haciendo en mi cuarto, si lo único que recordaba era que estaba llorando en el suelo de mi nidito de amor, que me había quedado dormida y lo más importante de todo... que él me había dejado.

Sentada en mi cama observando mí alrededor aún extrañada, escuché que se abrió la puerta y vi entrar a Carlos, quien al verme puso una gran sonrisa y se sentó a un lado de mí.

- ¡Vaya! Parece que has vuelto - dijo colocando la charola que contenía

comida delante de él en la cama.

-Sí, eso creo - dije sin mirarlo, todavía observando las cuatro paredes de mi habitación.

- ¡Qué bueno! Tus padres estaban muy asustados - decía mientras me miraba fijamente, pero no le hice caso a lo que acababa de decir.

- ¿Cómo fue que llegué aquí? - pregunté sin dejar de ver a mi alrededor, tratando de recordar algo que contestara mi pregunta.

Él suspiró por un momento y sin muchas ganas me respondió.

- Yo te traje.

Por primera vez voltee a verlo confundida.

- Pero ¿cómo supiste dónde estaba? - le pregunté tratando de recordar algo.

- Llamaste a Linda, no sé cómo, pero estabas como ida, como en un estado de shock; ella se preocupó por la forma en que hablabas - luego volteó hacia sus manos - Lo único que decías es que... - se quedó callado, por su reacción sabía que era algo que no quería decir - Fue que él se había ido, lo repetías muchas veces - me miró - Así que me llamó y fuimos para allá...

- Pero ¿cómo sabían a dónde ir? - lo interrumpí desconcertada ya que no recordaba haberle dicho a nadie la dirección de mi nidito de amor.

- Un día yo te seguí - respondió y cuando estaba a punto de reclamarle, él alzó la mano en señal de que lo dejara continuar - Fue para saber dónde localizarte por si pasaba algo, y no me equivoqué - dijo mirándome esperando que lo regañara, pero no podía hacerlo, de hecho, se lo agradecía ya que si no me hubiera seguido no habría sabido donde encontrarme y yo todavía seguiría en aquel lugar no sé en qué estado.

Cuando vio que no iba a agregar algo, continuó:

- Cuando Linda y yo llegamos te encontramos en el suelo dormida, sabíamos que acababa de pasar algo muy malo y que estuviste llorando hasta que te dormiste porque tus ojos estaban hinchados, así que como pudimos te cargamos hasta la cama y te dejamos dormir. Tuvimos que quedarnos en ese lugar hasta que despertaras ya que no podíamos traerte a tu casa para no romper la mentira de que te habías quedado a dormir en casa de tu amiga imaginaria.

Después hizo una pausa como dando a entender que lo peor estaba por venir, cuando pudo reponerse volteo hacia la cama, estaba evitando verme.

- Cuando despertaste nos dimos cuenta de que te encontrabas peor de lo que creíamos - cerró los ojos como tratando de recordar todos los detalles - Sabíamos que te hallabas despierta porque tenías los ojos abiertos pero tratamos de hacer que hablaras, que nos dieras señas de vida a parte de tu respiración y de tus latidos del corazón pero no nos respondías, no hacías más que estar sentada en la cama mirando al vacío, sin moverte como si fueras una estatua - decía viéndome fijamente desesperado - Pero no respondías a nada, así que esperamos, pasaron las horas y seguías igual, hasta que decidimos llevarte al hospital, pero antes tuvimos que inventar una historia que fuera lo suficientemente convincente para que estuvieras en ese estado.

- ¿Qué fue lo que dijeron? - le pregunté tratando de imaginar una historia que explicara la situación en la que estaba, pero no pude.

- Dijimos que Martha, tu amiga imaginaria, se había suicidado, que la encontraste en su habitación ya sin vida, que nos llamaste, pero estabas en shock y cuando llegamos te encontramos de esa forma.

- ¿Y cómo se supone que se suicidó?

- Se ahorco - dijo asustado por la historia que habían inventado - No sabes lo mucho que nos costó a Linda y a mí convencer a tus padres que no trataran de hablar con la familia de Martha - luego esbozó una sonrisa contento por su resultado - Les tuvimos que decir que ellos estaban muy mal, que lamentaban lo que te había pasado pero que no querían hablar con nadie y después de muchos intentos los convencimos y no los volvieron a buscar. Tu familia estaba muy preocupada - de repente se borró la sonrisa y apareció su cara de preocupación - Ya no sabían qué hacer, y no era para menos, ¡duraste así una semana!

- ¡Una semana! - me sorprendí. Había pasado una semana desde aquel día trágico que marcaría mi vida y no recordaba absolutamente nada, ¿cómo podría ser eso real?

Ante mi desconcierto que se leía fácilmente en mi cara, él se apresuró a responder mis preguntas que todavía no formulaba.

- Durante una semana estabas como ida, como si no te importara lo que pasara a tu alrededor, como piedra, como... zombi - dijo asustado.

¡Como zombi! ¿Cómo era eso posible?

- Y, ¿cómo es estar zombi? - pregunté confundida.

- Zombi, porque no estabas muerta, sabíamos que respirabas y que tu corazón seguía latiendo, pero no estabas viva pues no reaccionabas a nada - contestó muy preocupado.

Por un momento me puse a imaginarme como era, la preocupación de mis padres y hermanos al ver que no hacía nada. Carlos leyó mi reacción y acercó la charola hacia mí, con una sonrisa me dijo:

- Lo bueno es que ya estás bien, eso es lo único que importa - me tendió la charola en mis piernas - Así que come porque, aunque sea increíble, no has comido nada por una semana y has de sentirte muy débil, mientras voy a bajo a dar la gran noticia - dijo mientras se paraba, se dirigió a la puerta, luego se detuvo y volteó a verme - No tardo - y se escuchó que la puerta se cerró.

Me encontraba todavía sentada en mi cama entrelazando todo lo que había escuchado con lo que recordaba... aquello que no quería recordar, él gritándome, yo llorando, arrodillándome, suplicándole que no me dejara, jaloneándonos porque no quería que se fuera, y él tratando de soltarse, hasta que por fin lo logró y detrás de él, el cerrar de la puerta.

Abrí los ojos, pues no me había dado cuenta de que lo había hecho, traté de bloquear las imágenes que acababa de recordar, cuando lo hice seguía en mi cabeza las palabras que acompañaban a éstas... "maldigo la hora en que te conocí", "solamente jugaba contigo", "no quiero volver a verte", "no me busques, no me llames", "olvídame", "no te amo". Estas últimas dos eran las que más me dolían, las que se clavaban en mi corazón haciéndome un agujero enorme.

Sacudí mi cabeza para poder sacar de mi mente aquellas palabras. De repente escuché que pronunciaban mi nombre, abrí los ojos lentamente ya que los había cerrado otra vez y volteé a ver quién era, la cabeza de mi madre se veía en la puerta, cuando vio que la observaba entró. Silenciosamente se dirigió hacia la cama y se sentó a mi lado.

Como ella no rompía aquel silencio espantoso lo hice yo.

- ¡Hola, mamá! - le dije observándola.

Mi madre al escucharme hablar rompió en llanto, primero se tapó la cara y luego me abrazó fuertemente. Yo no sabía que hacer así que me limite a quedarme quieta hasta que ella reaccionara. Entre lágrimas escuché como mi madre me decía aún abrazándome:

- Mi hija, mi niña que bueno que estás bien - decía sin parar de llorar.

Después de un minuto se separó de mí, se secó las lágrimas con su manga del suéter, tomó mi mejilla con sus manos y me sonrió.

- ¡Perdóname, mamá! - dije tratando de reparar todo lo que había hecho esa semana cuando estaba en estado como lo llamaba Carlos, de zombi.

- No tengo nada que perdonarte - contestó acariciándome la mejilla - Lo importante es que todo ya pasó y que estás bien - dijo con un tono más serio y volteando a ver a la charola con la comida aún intacta de la cual ya se me había olvidado que seguía entre mis piernas - Te voy a dejar para que comas a gusto - se levantó - Comete todo, lo vas a necesitar - se dirigió hacia la puerta diciendo antes de salir - Descansa mi niña - y cerró la puerta.

Me quedé por un rato viendo la comida, caldo de pollo y un vaso de refresco era lo que había en la charola, era lo típico que le daban de comer a los enfermos y yo lo había estado por una semana. De repente sentí como mi estómago hacía ruidos de cuando tienes hambre así que me dispuse a comer en silencio sin pensar en nada, cuando terminé me di cuenta de lo cansada que estaba, coloqué la charola con los platos ya vacíos en la mesita de noche y me acomodé para dormir esperando que cuando despertara descubriera que todo era una pesadilla, que nada había pasado.

Capítulo 2

Cuando desperté, abrí los ojos lentamente y me di cuenta de que apenas estaba amaneciendo, me quede mirando al reloj que estaba en la mesita a un lado de mi cama, donde el día pasado había dejado la charola que retiraron mientras dormía, me puse a pensar en mi vida.

Mi nombre, Mía García, edad 18 años, lugar de residencia Guadalajara, Jalisco; acababa de terminar hace dos meses mi primer semestre en la universidad. Un semestre que había cambiado mi vida por completo, así que me puse a recordar desde el momento en que esperaba con ansias los resultados de ingreso.

Corría el mes de enero y sentada frente a mi computadora en la página dónde saldrían los resultados, apretaba desesperadamente la tecla de actualizar cada cinco minutos, esperando que la página cambiara y me anunciara los resultados; eran las doce de la madrugada pero no me importaba ya que sabía que no iba a poder dormir sin saber el veredicto final.

Cuando estaba a punto de rendirme vi lo que tanto esperaba; busqué mi nombre lo más pronto posible y la palabra "admitido" cobró el significado que tanto deseaba, con gran alegría que hizo despertar a todos en mi casa, festejé mi entrada a la universidad.

El primer día de clases me arreglé lo mejor que podía y me encaminé hacia la escuela, durante el camino me llegaba el nerviosismo que cualquier alumno nuevo puede tener. Cuando llegué me dirigí a mi salón del cual antes había estudiado muy bien su ubicación para que no me perdiera, entré y con gran asombro vi que por lo menos la mitad del salón estaba lleno a pesar de que todavía era temprano, ¡nadie quería llegar tarde a su primer día de la universidad! Desde la puerta recorrí con la mirada toda el aula en busca de una silla sola, se encontraba una a lado de dos chicas que estaban dando la espalda a la pared en una esquina, fui a sentarme con ellas, permanecimos en silencio un rato hasta que rompí el hielo.

- ¡Hola, me llamo Mía!

- ¡Hola, me llamo Maribel! - respondió la más apartada de las dos.

- Yo me llamo Lili - dijo la que había quedado en medio.

Comenzamos a platicar un momento sobre dónde vivíamos y todo lo que se pregunta el primer día de clases hasta que un señor atravesó la puerta

con una gran seguridad. Se dirigió hacia enfrente, dejó una carpeta amarilla en la mesa y se quedó mirándonos por unos minutos, supimos de inmediato que era nuestro profesor de la primera hora, vestía muy elegante con traje y corbata, mostraba una cara que parecía que nos estaba examinando de pies a cabeza. Cuando el silencio se extendió por todo el salón, comenzó a hablar acerca de él, cómo nos iba a evaluar y a trabajar durante el semestre.

Cuando el profesor terminó con su clase, se dirigió hacia la puerta y sólo se escuchó un hasta mañana. La primera clase había pasado desapercibida. Mientras llegaba el profesor de la segunda hora Lili, Maribel y yo comentábamos sobre las materias y el profesor.

- Parece que esta clase va a hacer muy difícil pasarla - dije recordando la cara del primer profesor.

- Espero y no - decía Lili viendo una hoja que tenía el horario con las materias y los nombres de los profesores.

- No sé ustedes, pero a mí me pareció que el profesor tenía cara de amargado - dijo Maribel, ante el comentario comenzamos a reírnos pues tenía razón.

Mientras Lili y Maribel hacían comentarios, observé de un lado a otro a los que de ahora en adelante serían mis compañeros, pensé que no iba a pasar nada extraordinario durante el semestre... pero me equivoqué.

De repente entró él, moreno claro, con un peinado casi perfecto, vistiendo un traje negro, camisa blanca y corbata azul marino, zapatos de vestir negros. Mientras lo miraba trasladarse a su lugar me pareció que veía a un ángel, aunque no era muy guapo en el término que todo el mundo sabe, tenía algo que llamaba mi atención, algo que no sabría describir hasta mucho tiempo después.

Con unos cuarenta y tantos años me pareció la persona más maravillosa del mundo, y lo mejor de todo es que lo iba a tener todos los días una hora diaria ya que era el profesor de la segunda hora. Seguía mirándolo sin pestañear y vi cómo se sentó sin decir ni una sola palabra. Abrió su carpeta amarilla y comenzó a nombrar lista, su voz me pareció la más exquisita melodía.

Estaba tan embobada viéndolo hablar que no me di cuenta el momento en que pronunció mi apellido hasta que Lili me dio un codazo y regresé a la realidad.

- ¿García? - dijo por segunda vez aquel ángel glorioso volteando a todos

lados para saber a quién le correspondía ese apellido.

- Presente - contesté un poco tímida levantando la mano para que me distinguiera de la multitud. Era la primera vez que intercambiaba palabra a ese ser que me pareció maravilloso.

Cuando supo dónde estaba nuestras miradas se encontraron, me sonrojé, él se limitó a darme una de sus sonrisas encantadoras, volvió la mirada a la lista y continuó nombrando. Me sentía un poco tonta ya que era nuestro primer encuentro y había desaprovechado la oportunidad de llamar su atención. Cuando él termino, se levantó, dio unos cuantos pasos y se presentó.

- Buenas tardes, soy su profesor de Historia - dijo recorriendo la mirada por todo el salón - La evaluación será por medio de dos exámenes parciales y uno oral - ante esto el salón estalló en preocupación, pues nunca habíamos hecho un examen de ese tipo - El programa se los entrego mañana... - continuaba diciendo mientras yo no me perdía ninguno de sus movimientos.

Me di cuenta de que nunca había puesto tanta atención en una clase, pero había algo en él que me hacía perderme con cada una de sus palabras, cuando menos pensé recogió sus cosas del escritorio, se despidió y salió del salón, la clase había terminado tan rápido que no me había dado cuenta y desee tener más horas de clases con él, pero con lo que tenía me conformaría.

Las demás clases transcurrieron como la primera sin ninguna novedad. Terminando el horario escolar me despedí de mis nuevas amigas y me dirigí a la parada del camión, sin querer la imagen de mi profesor de la segunda hora aparecía en mi mente, yo incomoda ante esto nuevo que me sucedía trate de quitármelo de la cabeza pero no podía.

Así transcurrió el mes de febrero, yo deseando que después del viernes siguiera el lunes para volverlo a ver, los fines de semana eran un martirio para mi pues aunque deseara quitarme de la cabeza a aquel profesor no lo lograba, y cada día me era más difícil comprender que era lo que me pasaba.

Cierto día fui a visitar a mi mejor amiga, Linda, ella tenía experiencia en estas cosas así que le revele lo que ocurría.

- ...Y lo malo es que no puedo dejar de pensar en él - decía confundida. Nos encontrábamos en su habitación.

- Lo que te pasa es que te gusta - sonrió.

- Claro que no, ¡es imposible! - farfullé ante la respuesta que ella me había dado.

- No es imposible, además, ¿qué tiene de malo?

- ¡Qué tiene de malo! - respondí más contrariada que nunca - Linda, es mi profesor no debe gustarme.

- No tiene nada de malo - dijo levantándose para tomar algo de la mesa próxima - Es normal, a todos algún día nos gusta un profesor.

- ¿En serio?

- Claro, una cosa es que te guste y otra muy diferente a que estés enamorada de él - me miró fijamente.

- En eso tienes razón - me senté en su cama ya tranquila - Pero es que es un poco incómodo, cuando lo volteo a ver me quedó paralizada.

- Tu tranquilízate - dijo tomándome del brazo - Lo que deberías hacer es aprovechar el tiempo, porque terminando el semestre tal vez ya no lo vuelvas a ver.

- Pero ¿cómo hago eso? - pregunté un poco tímida.

- Bueno, aprovecha cuando lo veas por la escuela y platica con él, eso todo el mundo lo hace con los profesores, así a lo mejor te das cuenta de que no era lo que pensabas y te deja de gustar o te gusta más.

- Bueno, tengo que irme antes de que se me haga más tarde - dije levantándome.

Ella me acompañó hasta la entrada de su casa.

- Nos vemos luego y muchas gracias por todo.

- Cuando quieras - se despidió con un beso en la mejilla - Cuídate.

Durante el camino hacia mi casa comenzaba a dar vueltas en mi cabeza el consejo de Linda. Estaba tan metida en mis pensamientos que cuando reaccioné ya estaba en la puerta de mi casa. Abrí la puerta y me di cuenta de que no había nadie, probablemente mi madre y mi hermano menor habían ido con la abuela y todavía no regresaban, mi hermano mayor estaría aún con su novia y mi padre no llegaba de trabajar.

Subí a mi recamara y sin cenar me acomodé para dormirme, mirando al techo de mi habitación pensé que cómo podría saber que era lo que realmente sentía por mi profesor. Sabía cómo se siente cuando te gusta

alguien porque ya lo había experimentado antes, pero nunca me había enamorado, lo único que sabía del amor es lo que todos dicen, que te pones nervioso cuando lo ves, la piel chinita cuando estas cerca y las mariposas en el estómago, pero yo no sabía cómo se siente todo eso. Mi imaginación trató de recrear algo parecido y en la búsqueda me quede profundamente dormida.

Capítulo 3

El fin de semana pasó volando, cuando menos pensé ya era lunes, así que hice el ritual que todos los días entre semana realizaba. Desperté temprano, desayuné, ayudé a mi madre en las labores domésticas, me di un baño y comencé a prepararme para la escuela, comí y me dirigí a la parada del camión. Como era lunes me arreglé lo mejor que podía, me vestí con unos jeans oscuros, una blusa rosa, la que tanto me gustaba, acomodé el cabello suelto lo mejor que pude y me calcé zapatos de tacón no muy altos.

Llegando al salón de clases busqué el lugar que había elegido desde el tercer día de clases, casi junto al profesor ya que el salón estaba acomodado en semicírculo, junto a las paredes había butacas dando la espalda a estas y en medio unas mesas acomodadas en una especie de cuadrado, yo me sentaba del lado izquierdo del profesor y en una mesa antes de la de él. Había escogido ese lugar porque estaba un poco sorda y así escuchaba perfectamente.

La primera clase era un calvario para nosotros, era una de las clases más aburridas, todo mundo aprovechaba para quedarse dormido, para mí era como un déjà vu ya que el profesor repetía una y otra vez lo mismo de las clases pasadas y era como estar viviendo lo mismo todos los días.

Como de costumbre el profesor daba la clase a los que estaban frente a él y los de los lados aprovechábamos para criticar, contar chistes, hacer tarea de otra materia o ponernos al día en los últimos chismes. Cuando el profesor divagaba y comenzaba a relatarnos historias de su vida las cuales ya nos sabíamos, nos poníamos a platicar a sus espaldas.

- ¡Ya va a comenzar! - decía José, uno de mis amigos.

- Pues ya ves, siempre divaga - comentó Maribel.

- Llevamos un poco más de un mes y nos ha enseñado lo mismo - decía Kathy otra del círculo de amigos - Como vamos nada más aprenderemos el primer capítulo de ocho.

- Y todavía faltan veinte minutos para que se termine la clase - decía Mauricio mirando su celular enfadado.

- Esta clase se me hace eterna - comentó Lili mirando al profesor sin escuchar ni una sola palabra de lo que él decía.

- ¡A mí también! - respondimos al unísono.

Cuando reaccionamos volteamos a vernos asustados ya que nuestra voz se había escuchado por encima de la del profesor, cuando éste se dio cuenta volteo al lugar donde estábamos, nos miró fijamente, todos quedamos paralizados esperando que nos regañara y nos sacara de clase con falta, cuando estuvo a punto de abrir la boca la alarma de su celular sonó anunciando el final de la clase. El profesor enojado recogió sus cosas del escritorio, salió despidiéndose de los demás y volteo dándonos una de sus miradas de matador.

Cuando desapareció de nuestra vista pudimos respirar tranquilamente, volteamos a vernos todavía con la cara de susto y comenzamos a reír.

- Nos salvó la campana - decía Maribel levantándose de su silla.

- Más bien nos salvó la alarma de su celular - dije pensando en la contrariedad en la que estaba el profesor ya que él nos había salvado de su regaño, sabía que en este momento no iba a estar muy feliz.

- ¡Vamos a la cafetería mientras llega el profe de la segunda hora! - dijo José.

Todos asentimos y nos levantamos de nuestros lugares, cuando salimos del salón todavía seguíamos riéndonos de lo que había sucedido, sabíamos que si al profesor no se le olvidaba había regaño seguro la próxima clase por lo cual todos deseamos que no se acordara.

Aún hablando de lo ocurrido bajamos las escaleras ya que nuestro salón se encontraba en el segundo piso, abrimos paso entre la multitud al dar vuelta a la izquierda para llegar a un extremo del edificio en donde se encontraba la cafetería que al mismo tiempo era una librería. El lugar era como el espacio de dos salones de clases, dividido por una pared de cristal en donde estaba la puerta que los unía, no había salida por el lado de la cafetería así que se tenía que entrar a la librería. Ya estando adentro mientras los demás decidían qué comprar pues yo les había ganado en ordenar una agua natural, me dirigí a una mesa cercana llena de libros, como yo amaba la lectura revisé los títulos para ver cuál de ellos me llamaba la atención.

Pero lo que realmente esperaba era escuchar esa voz angelical que tanto quería al cruzar la puerta de ese lugar, ya que mi ángel terrenal después de recoger la lista pasaba a ese lugar a una hora casi exacta a comprar su café. Era lo que siempre hacía todos los días que iba a clase.

Mientras esperaba tomé un libro del cual la imagen de la portada me llamó la atención aunque ni siquiera leí el título; la portada era de color negro y en el centro estaba unas manos con un corazón sangrando, por esta imagen pensé que era una novela romántica en donde el dramatismo estaba al máximo, por un momento me quede mirando el libro absorta de

mi alrededor.

- Ese libro está bueno - dijo la voz angelical que ansiaba escuchar.

Me estremecí, ya que esta provenía de atrás de mí, así que voltee lo más rápido que pude y me llegó de golpe su aroma tan exquisito que me ponía nerviosa, cuando quede enfrente de él aún con el libro en las manos levanté mi cabeza para verlo a la cara.

- Aunque es un poco cursi para mi gusto - continuó y esbozó esa sonrisa que me derretía por completo, cerró el ojo en forma de coquetería.

- Justamente es el tipo de libros que tanto me gustan - respondí tratando de parecer lo más normal posible para que él no notara mi nerviosismo.

- Entonces, creo que es perfecto para ti - dijo sonriéndome maravillosamente a lo cual le contesté con otra sonrisa.

Él se dirigió a la mesa donde ya se encontraba su café preparado.

Mis amigos al verlo lo saludaron, él les respondió y miró hacia la salida, yo estaba en su parámetro de observación, pero se enfocaba a responderles a mis amigos sin mirarlos. Me quede mirándolo, cada día que pasaba se veía más guapo, él era un hombre elegante, simpático, exitoso, responsable e inteligente, justamente la descripción del hombre de mis sueños, sólo que aquel tenía dos defectos que no se podían pasar por alto: casado y con dos hijos.

Cuando aún seguía mirándolo no me di cuenta de que él también lo hacía conmigo hasta que nuestras miradas se encontraron, me ruboricé ante aquello ya que me había encontrado observándolo determinadamente, él al ver el tono rojo de mi rostro, lo cual se notaba mucho por tener piel blanca, me dedico una de sus sonrisas que me dejaban paralizada, tomó un sorbo de su café todavía mirándome.

- Hoy está haciendo mucho calor - dijo dirigiéndose a todos pero aún con la mirada en mí - Tal vez debería comprar un agua fría - señaló la botella que tenía en mis manos - Pero si no compro un café no podré hablar en clase - se encogió de hombros y tomó otro sorbo - Voy a esperarlos - se dirigió a la mesa con los libros en la que yo me encontraba poniéndose a mi lado derecho, como todos habían ordenado algo estaban esperando que les sirvieran lo que habían pedido.

Al sentirlo cerca de mí, me puse muy nerviosa a tal grado de que me temblaban las manos, traté de disimular de que su cercanía no me intimidaba y me puse a ver nuevamente los libros sin ponerles atención,

realmente estaba atenta a sus movimientos.

Tratando de tener mi vista lo más lejos posible de él ya que no quería que me encontrara mirándolo de nuevo. Entonces lo sentí muy cerca de mí, me paralicé al sentir el roce de su brazo por mi hombro, yo miraba hacia el frente y pude ver como su brazo se estiraba para alcanzar un libro que estaba del otro lado.

- Con permiso - dijo con una voz dulce a unos escasos centímetros de mi cara.

Mi rostro nuevamente cambio de color delatándome ante aquel ser tan maravilloso, él sonrió y con eso supe que se había dado cuenta del cambio de tono. Ambos nos quedamos otro par de minutos uno al lado del otro, él tan cerca que sentía el contacto de su saco azul marino en mi piel.

- ¡Listo, profesor! - dijo Kathy uniéndose a nosotros con los demás detrás de ella.

Así emprendimos el camino hacia el salón de clases, todos platicando y él caminando atrás de mí o cuando podía a mi lado. Llegamos al aula, se sentó en su silla, comenzó a nombrar lista, y pasó lo que todos los días, mencionó mi apellido, volteo a verme, yo le respondí tímidamente al encontrarme con su mirada, traté de no ponerme roja ya que ahora teníamos más público, él volvió a mirar a la lista y dio una media sonrisa para tampoco delatarse.

La clase pasó como siempre muy rápido, se me hacía tan poco el tiempo que deseaba que durara dos o hasta tres horas con tal de tenerlo en mi presencia. Se despidió del grupo y mirándome sonrió, cerró el ojo coqueteándome, ante esto sonreí encantada, luego desapareció de mi vista. Aún estaba sonriendo, mirando hacia mi cuaderno ya que esos detalles que hacía me ponían muy feliz.

- ¿Por qué tan contenta Mía? - preguntó Maribel mirándome fijamente.

- No, por nada - mentí sin mucho éxito.

- Lo que pasa es que el profesor le sonrió y le cerró un ojo - dijo Lili acomodando sus cosas en su bolsa - El profe le está coqueteando - sonrió ante lo que acababa de decir.

- No es cierto - respondí nerviosa.

- ¡Claro que sí, Mía! - contestó Lili dejando lo que estaba haciendo, luego volteo a verme - Eres la única a la que le sonríe y le cierra el ojo, aparte

no te has fijado que la clase es para ti.

- ¿Cómo? - pregunté confundida.

- Sí, el profesor cuando da su clase todo el tiempo mira para acá y a ti es a quien ve fijamente - dejó su bolsa en la mesa - Él te coquetea y tu ni en cuenta.

- Me voltea a ver en clase porque soy la única que le pone atención y escribe - respondí tratando de poner fin a la conversación.

- Sí, como no - dijo Lili - ¿Y también pasó eso en la cafetería? - preguntó mirándome fijamente.

Me quede completamente paralizada, ella estaba enterada de todo lo que había pasado y yo pensé que nadie se había dado cuenta. No sabía que decir, todo estaba muy claro no podía alegar, así que me quede callada y me ruboricé, Lili comprendió mi reacción y lo tomó como una afirmación, Maribel nos miró confundida, pero siguió callada.

Las clases restantes pasaron como siempre, durante lo que quedaba de tiempo no se volvió hablar sobre el tema y traté de no dejarlo salir. Al terminar la última clase los seis nos dirigimos hacia la entrada de la universidad, casi todos se despidieron hasta que sólo quedamos Maribel y yo. Cuando estábamos lejos de oídos indiscretos miró hacia mí, yo sabía cuál era el motivo.

- Así que el profesor de la segunda hora te coqueteo en la cafetería - dijo muy interesada en el asunto.

- Pues eso dice Lili - contesté sin dar mucha importancia.

- Mira, él no está nada mal - sonrió ante la idea, yo me quede mirando confundida - Nos vemos mañana - dijo y se retiró todavía sonriendo.

La seguí con la mirada, cuando se perdió de mi vista me dirigí hacia la parada del camión; mientras esperaba me puse a pensar en lo que había dicho Lili, ¿el profesor me coqueteaba? Tuve que dejar de pensar en eso ya que estaba tan metida en mis pensamientos que casi se me pasaba el camión, subí y me senté al lado derecho junto a la ventana.

Durante el trayecto que era mucho, comencé a reflexionar acerca del comportamiento del profesor conmigo, todo lo que había sucedido ese día y me di cuenta de que aquella idea que yo consideraba como loca que una vez me había pasado por la cabeza retomaba cierta fuerza, ahora lo podía ver con más claridad, y no era la única que lo pensaba también Lili y Maribel. De pronto apareció una gran ilusión ante este descubrimiento, no le era indiferente pero decidí apagar esa ilusión pensando que a lo mejor

él les coqueteaba a otras alumnas, ¿qué iba a tener de especial para que solamente le interesara yo? Nada.

Llegué a mi casa y fui directamente a mi habitación para dormir y soñar con él, con ese día maravilloso que había ocurrido, reavivando la esperanza que poco antes había tratado de evitar.

La mañana siguiente al despertar lo vi todo más hermoso que nunca, me levanté con gran felicidad, lo veía todo tan perfecto que durante la mañana me encontraba distraída, tuve que darme prisa en arreglarme para ir a la escuela, ahora que sabía que había cierto interés de mi ángel terrenal hacia mí, me esmere como nunca en ponerme lo más hermosa posible, deseaba que se repitiera lo del día pasado, vestí con unos jeans azul fuerte y un blusón gris, zapatos negros de tacón y el pelo suelto acomodado maravillosamente.

Durante el camino a la universidad sabía que tenía que pasar una hora para poderlo ver, pero no me importaba, estaba dispuesta a todo con tal de mirarlo, así que durante la primera clase hice un gran esfuerzo en concentrarme en lo que estaba diciendo el profesor ya que mi mente se encontraba muy lejos de ahí. Pensé miles de excusas para ir a la cafetería terminando la clase pero fueron innecesarias ya que siempre íbamos a comprar a esa hora a ese lugar.

Esta vez todos pedimos algo, un café para José, uno muy cargado para Mauricio, una botella de agua natural para Kathy, un jugo para Maribel, un smoothie para Lili y un frappé moka para mí. Nos encontrábamos de frente al mostrador platicando.

- Me pasan la tarea de la clase de ahorita - dijo José poniéndole azúcar a su café.

- Yo te la paso - contesté poniéndole el popote a mi frappé.

- Gracias, Mía. Creo que eres la única que hizo completa la tarea - respondió.

- ¡Claro, hasta crees que Mía no iba hacer esta tarea! - dijo Kathy sonriendo - ¡Si el profe de esta clase es su favorito!.

- ¿De quién soy el profesor favorito? - preguntó una voz.

Todos al escucharla nos quedamos paralizados, sabíamos de quien provenía, volteamos hacia atrás al mismo tiempo y lo vimos, mi ángel terrenal se encontraba parado justo detrás de nosotros, había entrado sin darnos cuenta y acababa de escuchar nuestra conversación, la que me

delataba ante él.

- ¡De Mía! - contestó Kathy sin pensar señalándome.

Me quede inmóvil cuando volteo a verme. Los demás le dirigieron miradas de enojo a Kathy por lo que había hecho pero ya era demasiado tarde.

- Así que soy tu profesor favorito - dijo esbozando una gran sonrisa.

Mi rostro cambió drásticamente de color, del blanco al rojo en una fracción de segundo. Como no podía responderle asentí con la cabeza, de hecho mi cambio de color ya había respondido. Luego se dirigió al mostrador para tomar su café que como todos los días ya estaba preparado para cuando llegara. Aún sorprendidos cada uno pidió la cuenta de lo que había comprado. Como yo no podía hablar el muchacho entendió cuando me le quede mirando y sonrió.

- Son veinte - dijo comprendiendo la vergüenza que sentía por lo ocurrido, todavía en silencio abrí la cartera para sacar dinero.

- Yo lo pago - dijo el profesor extendiendo un billete de cincuenta - Lo mío y lo de Mía - sonrió al muchacho y este le respondió con otra - Al fin y al cabo soy tu profesor favorito - volteo a verme y me dio otra sonrisa de las que tanto me gustaban.

Mi rostro se volvió más rojo, ¡cómo si eso fuera posible! Le sonreí tímidamente a lo cual él estaba encantado, acaso, ¿le gustaba verme ruborizada?

- Muchas gracias - dije tímida, apenas pudieron escucharse mis palabras.

- De nada - respondió todavía sonriendo, tratando de descubrir lo que estaba pensando - ¿Nos vamos? - preguntó a todos y estiró el brazo izquierdo en señal de que pasara primero.

Caminamos hacia el aula, de vez en cuando lo encontraba mirándome de reojo y cada vez que sucedía me dedicaba una media sonrisa.

Durante toda la clase mantuve la mirada hacia el cuaderno, sabía que si lo veía me delataría mi rostro al ruborizar, así que sólo escuché y apunté lo que decía. Había ciertos momentos en que sentía su mirada clavada en mí pero yo seguía atenta en el cuaderno aunque no escribiera nada. Cuando terminó la clase sólo pude sentir cuando paso a mi lado y con una voz dulce y baja se despidió de mí, imaginé su sonrisa después de esto, ya que todavía mantenía mi mirada en el cuaderno, cerré los ojos por un momento.

- ¡Perdón, Mía! - escuché a lo lejos la voz de Kathy triste - Lo dije sin pensar.

- No te preocupes - contesté aún con los ojos cerrados, al fin y al cabo, ¿qué más podría pasar?

Sabía que todos los días serían como hoy, le había dado una señal de interés al profesor, me coquetearía todos los días de eso estaba segura, pero podría acostumbrarme, de hecho era algo que me gustaba y quería que siguiera, que no terminara nunca.

Capítulo 4

Trascurrió el mes de marzo muy rápido, más de lo que yo pensaba, había sido un mes excelente en todos los aspectos, saldríamos dos semanas de vacaciones la semana de santa y la de pascua, pero yo no quería, sabía que después de las vacaciones el fin del semestre estaba próximo, no quería que acabara, me gustaba como era: mis profesores, amigos y lo peor de todo es que ya no vería tan seguido a mi ángel terrenal pues él sólo daba a primeros, así que aprovecharía todo el tiempo que tuviera con él.

Me propuse que cuando regresara a clases respondería a todos sus coqueteos, si él lo hacía, ¿por qué yo no? Al fin y al cabo no tenía nada que perder. No sabía de donde iba a sacar valentía para coquetearle, sin embargo tenía que hacerlo sino me arrepentiría. Tenía dos semanas para prepararme pero lo primero que enfrentaría era vivir sin verlo dos largas y aburridas semanas.

Como varios profesores habían dejado tarea, adelantaba lo que podía pero cuando ya todo estaba hecho, ¿qué iba hacer? Tenía que salirme un rato de mi casa para relajarme, así que pedí permiso a mi madre para ir al centro de la ciudad, había planeado ir a ver libros, compraría algunos para mantenerme ocupada el resto de las vacaciones. Entré a la primera librería que encontré y merodee por los pasillos en busca de uno que me llamará la atención, aunque no tuve mucho éxito.

Todos los libros que había comprado eran recomendaciones de mis antiguos profesores de literatura, así que no tenía que andar buscando como aquel día, ahora que no contaba con alguien que lo hiciera, seguí en busca de algo que no tenía ni la menor idea.

De repente un libro que estaba depositado en una mesa al pilar de otro montón me atrajo, de lejos me pareció conocido, me acerqué y lo tomé, era el libro de la cafetería, el que aparecía en la portada las manos con un corazón sangrando, por primera vez leí el título: "Desamor". Por el nombre confirme mi teoría que sería un libro plagado de romanticismo. Me dirigí al mostrador con él, me había despertado la curiosidad, quería saber de qué se trataba, así que lo compré. Salí de la librería observándolo, la razón por lo que lo había comprado era porque mi ángel terrenal en cierta forma me lo había recomendado, él había leído ese libro e hizo que mi curiosidad aumentara, ahora quería leer lo que él había leído, ¿hasta dónde llegaría?

- ¡Perdón! ¡Lo siento! - me disculpé cuando choqué con una persona a fuera de la librería.

Había estado tan concentrada en el libro que no me fijé por donde caminaba, mi bolsa se estrelló contra el suelo, la recogí aún sin fijarme en el señor.

- ¡Oh! ¡Perfecto, ya me manché! - farfulló el señor un poco disgustado.

Cuando recogí mi bolsa del suelo observé un pequeño charco que por el olor era café, imaginé que él estaría con una gran mancha en su ropa así que me levanté, mi mirada buscaba de abajo hacia arriba el lugar donde estaría la prueba de mi desconcentración.

- ¡Perdón! ¡Lo siento tanto! - volví a decir cuando pude ver la gran mancha que tenía su camisa azul cielo.

Entones lo miré a la cara, al ver su rostro me paralicé por completo, era mi ángel terrenal que trataba de limpiarse con una servilleta. Cuando sintió que lo observaba volteo a verme.

- Ten cuidado la... - se interrumpió, su rostro que al principio del accidente era de molestia cambio mostrando la sonrisa que tanto me fascinaba... él me había reconocido - ¡Hola! - saludó con un tono dulce.

- ¡Hola! - respondí muerta de vergüenza por lo ocurrido - Lo siento tanto... yo no...

- No te preocupes - interrumpió de una forma muy dulce - Ni se va a notar cuando me ponga el saco - sonrió nuevamente - ¿Qué estás haciendo por acá? - preguntó tratando de cambiar de tema.

No le pude contestar pues me puse nerviosa y sabía que si hablaba me delataría, cuando vio que no respondí puso su mirada en el libro que estaba en mis manos.

- ¿De compras? Acabaste comprándolo - señaló el libro.

- ¡Ah, sí! - contesté tratando de no verme como una tonta ante él, aunque ya era demasiado tarde - Me comentaron que está muy bueno.

- Si, lo está - dijo y le dio un trago a lo que quedaba de su café.

- Bueno, ya tengo que irme - me despedí después de que nos quedamos unos minutos en silencio, lo que quería era salir corriendo de ese lugar, todavía sentía mucha pena.

Así que no espere respuesta y di unos pasos hacia adelante rebasándolo unos cuantos centímetros.

- Oye, Mía, ¡espera! - gritó dándose la vuelta.

Me quedé parada sin moverme, cerré los ojos por un minuto, que hermoso se escuchaba mi nombre cuando él lo pronunciaba.

- ¿Sí? - dije al mismo tiempo que me di la vuelta para verlo. Un metro y medio era el espacio que nos separaba.

- Después de lo ocurrido, todo mi café se tiró - señaló al suelo, me ruboricé por la vergüenza - Así que tendré que ir a comprar otro, que tal si me acompañas, te invito un café - sonrió en busca de mi respuesta.

Me quede parada sin decir nada, no me lo esperaba.

- ¿Qué dices?

- Gracias, pero no puedo - contesté tratando de esquivar su presencia. Nunca había estado a solas con él, y el solo hecho de pensarlo me ponía muy nerviosa.

- Le vas a negar una invitación a tu profesor favorito - dijo sonriendo con más fuerza.

Había pronunciado las palabras mágicas y él lo sabía, me había desarmado por completo, así que agaché la mirada unos segundos.

- Está bien - dije mirándolo.

Su sonrisa se hizo más amplia por su triunfo, con su mano derecha hizo la seña de que pasara yo primero y caminamos por las calles juntos a una distancia tan corta que cuando chocábamos por la gran multitud me estremecía y mi corazón latía furiosamente, algo de lo cual él se había dado cuenta y cuando sucedía sonreía. La verdad no me importaba, estaba tan feliz que en ese momento el mundo giraba a su alrededor y nada más.

Nos dirigimos a un restaurante cercano, él muy caballero abrió la puerta del lugar y acomodó la silla para sentarme, estuvimos unos segundos en silencio hasta que llegó el mesero.

- Buenas tardes, ¿qué van a ordenar?

- Para la señorita... - decía mi ángel terrenal mientras me miraba.

- Un café - contesté de inmediato.

- Que sean dos, por favor - le dijo al mesero todavía viéndome. Su mirada estaba tan clavada en mí que me puse más nerviosa de lo que ya estaba.

Reinó nuevamente el silencio, yo trataba de esquivar su mirada viendo alrededor, él seguía con sus ojos fijos en mí, parecía que ni pestañeaba, cuando lo veía me ruborizaba y bajaba la mirada hacia la mesa, él sonreía encantado, le gustaba ponerme en apuros. Pensé muchos temas de conversación, pero ninguno me pareció bueno para ese momento, ¿qué es lo que debería decir? Sin embargo él me ahorró las palabras, pues fue quien rompió el silencio.

- ¿Y qué tal tus vacaciones?

- Bien, no me puedo quejar.

- ¿Mucha tarea?

- No tanta, de hecho ya la terminé - dije relajándome un poco. Si quería que él se interesara más en mí, me tenía que mostrar segura - No he tenido muchas cosas que hacer.

- ¿No piensan salir de viaje? - preguntó por primera vez sin mirarme, ya que el mesero había vuelto con nuestros cafés.

- No, yo creo que no. ¿Y usted? - quería saber más de él, sabía tan poco de su vida que aprovecharía el momento para averiguar más.

- Tampoco - respondió y dio un sorbo a su café, después volvió su mirada hacia mí - En realidad no estoy completamente de vacaciones, tengo unas cosas que hacer que me atan aquí - me dirigió su sonrisa que me derretía, suspiré - Y, ¿qué me cuentas de ti? - ante esta pregunta me petrifique, ¡no tenía nada interesante que contarle! Se aburriría con mi conversación.

- ¿Cómo qué? - pregunté esperando que él fuera el que llevara el ritmo de la plática, lo único que quería era escucharlo hablar y era él quien me ponía hacerlo.

- No sé - dijo encogiéndose de hombros - ¿Qué te gusta? ¿Qué no? Lo que quieras contarme.

- No tengo cosas interesantes que platicar - respondí sonriéndole inconscientemente.

- Eso lo decidiré yo - sonrió al ver que con cada minuto que pasaba con él me sentía más cómoda, y era verdad, quería que el tiempo se detuviera en ese momento, nunca había deseado tanto estar con alguien, aunque

claro ese alguien quería que fuera él.

Comencé a contarle de cuando era niña, lo poco que recordaba, las travesuras que realizaba, mi etapa en el preescolar, mis aburridos años en la primaria, el maravilloso tiempo en la secundaria, ya que había sido la mejor etapa de mi vida aunque la universidad ya le estaba ganando, mis ocurrencias en la preparatoria, prácticamente le conté toda mi vida. La estábamos pasando muy bien, él se reía con mis cosas y mostraba interés en la plática.

Cuando ya no tenía nada más que contar, comenzó su turno, sus relatos eran de cuando estaba pequeño y de su etapa como universitario. Me encontraba tan perdida en su hermosa voz que ni pestañeaba, pues no quería perderme ni un minuto de él. Al terminar una de sus historias me sonreía a lo cual yo le respondía con otra, sabía que le estaba dando más señales de interés pero ya no me importaba, ya no quería disimular, quería que él supiera que me gustaba, de hecho más de lo que pensaba.

En medio de una de sus historias favoritas timbró su celular, al principio no hizo caso, dejó que siguiera sonando, hasta que vio que no tenía otro remedio más que contestar. Se disculpó por la interrupción, sacó su celular de su funda y vio el número.

- Pero que inoportuno - comentó dedicándome una sonrisa.

Mientras él contestaba a su llamada, tomé un poco de mi café, ya que no lo había probado, estaba tan inmersa en su presencia que olvidé estar en un lugar público. Lo observé mientras hablaba, revisé cada una de sus facciones, sus hermosos ojos, la curva de sus labios, con cada detalle me perdía por completo. De repente sentí una gran necesidad de besarlo, de abrazarlo, de sentirlo cerca de mí, traté de tranquilizarme, ¡todo estaba saliendo tan perfecto como para arruinarlo!

Así que me mordí los labios tratando de disipar las ganas de besarlo, agradecí que en ese momento no me estuviera mirando, después hizo un gesto que nunca había visto, era como de enojo, acto seguido colgó y suspiró viendo todavía a su café, al parecer le habían dicho algo que no le había gustado, luego me miró y sonrió.

- De haber sabido no contestaba - dijo esbozando una media sonrisa mientras guardaba su celular - Ha ocurrido un pequeño problema en el trabajo y me necesitan.

Su rostro que ya había vuelto a verme mostró un gesto de molestia ya que al parecer quería permanecer en ese lugar... él deseaba estar conmigo.

- Si, no se preocupe - dije un poco decepcionada pues yo tampoco quería irme.

- Pero nos podemos ver otro día - sonrió ante la idea, yo le respondí con otra sonrisa ya que me gustaba lo que proponía.

- Claro - respondí muy contenta.

Habló al mesero para que trajera la cuenta, mientras esperábamos nos dirigimos un par de miradas coquetas, después de pagar nos conducimos hacia la salida, cuando estábamos afuera voltee para despedirme.

- Muchas gracias por el café, me la pase muy bien.

- Yo igual.

- Entonces, adiós.

- Adiós - respondió acercándose a mí.

Me quedé parada, estiró el brazo para despedirse, cuando lo toqué me estremecí, era la primera vez que sentía el contacto de su piel con la mía sin que su saco o su camisa intervinieran. Él al sentir mi mano en la suya se acercó más y me dio un beso en la mejilla, mi corazón se desbordo, latía tan fuerte que era imposible no escucharlo. Su rostro se detuvo unos cuantos centímetros del mío.

- Adiós - volvió a decir en un tono dulce.

Sonrió ante mi repentino cambio de color y ambos nos alejamos en direcciones opuestas. Mientras caminaba hacia la parada del camión, recordé su suave piel, el roce de sus labios en mi mejilla, su aliento y aroma, aquello hacía sentirme tan feliz, no llevaba ni cinco minutos sin él cuando ya sentía el deseo, la necesidad de volverlo a ver.

Capítulo 5

Estuve dos días completos pensando en él, anhelando verlo otra vez, pero ¿cómo íbamos a encontrarnos? Yo no le había dado mi número ni mi dirección, tampoco yo tenía el suyo, ¿cómo esperaba que nos viéramos?

Tratando de darles respuesta a mis preguntas llegaba a la misma conclusión, no nos veríamos hasta que entráramos a clases pero para eso todavía faltaba una semana, ¿cómo iba a sobrevivir? Me recosté en mi cama cerrando los ojos, evocando los momentos que había pasado con él. De repente sonó el teléfono, no me moví, dejaría que mi madre u otro miembro de mi familia contestaran, después de escuchar que el teléfono seguía sonando recordé que no había nadie en casa así que de mala gana me levanté de un salto y corrí hasta donde estaba.

- Bueno - contesté un poco exaltada por la caminada.

- ¿Mía? - cerré los ojos, conocía esa voz, era la que tanto esperaba escuchar, sonreí y suspiré.

- Sí, soy yo - contesté tratando de recobrar el aliento.

- Supongo que sabes quién soy, ¿verdad? - se escuchó como si estuviera sonriendo.

- Si, profesor - respondí inmediatamente - ¿Cómo está?

- Muy bien, gracias. ¿Y tú?

- También.

- ¡Qué bueno!

Ambos hicimos una pausa, sólo se escuchaba el ruido de nuestras respiraciones.

- No sabes cuanta falta me hacía escuchar tu voz - dijo con una voz tan dulce que me quede paralizada por un momento.

Él nunca me había mandado señas de interés directas hacia mí, así que me ruboricé, realmente le gustaba, suspiré muy hondo.

- Yo también - respondí con el tono más dulce que pude ya que me encontraba temblando.

- Me preguntaba si tal vez podríamos vernos - dijo un poco pensativo.

- Sí - respondí de inmediato, era lo que estaba esperando.

- ¿Te parece bien mañana?

- Claro - por mí lo vería hoy mismo - ¿A qué hora?

- ¿Qué tal si paso por ti a la una de la tarde?

- Sí, está bien - suspiré nuevamente.

- Entonces, nos vemos mañana - su voz se le escuchaba alegre.

- Le puedo hacer una pregunta.

- Sí.

- No me ha preguntado dónde vivo - estaba confundida por el hecho que no lo preguntara - También, ¿cómo consiguió mi número?

Escuché por el auricular como se reía, como si lo hubiera descubierto en algo.

- Lo único que te puedo decir es que cuando algo me interesa lo investigo - contestó riéndose todavía - Nos vemos mañana.

- Sí, adiós - me quede por un momento con el teléfono en la mano, ya habíamos colgado.

Aventé el teléfono al sofá, corrí a la habitación y me acosté, estaba feliz, lo vería mañana, tenía tanto que hacer y pensar, ¿qué ropa me iba a poner? ¿cómo había conseguido el teléfono y la dirección? Tal vez los había sacado de la escuela, ellos tenían esa clase de datos, le gustaba tanto como para ir a pedir información a la universidad. Me levanté de la cama y comencé a buscar entre la ropa algo que me hiciera lucir hermosa para el día siguiente.

A la mañana siguiente me levanté de muy buen humor, todos lo notaban, desde muy temprano comencé a arreglarme, quería estar a tiempo, no era bueno hacerlo esperar, así que después de bañarme me puse un vestido blanco y unas zapatillas del mismo color, acomodé mi cabello suelto, me maquille y cuando faltaban quince minutos salí de mi casa, estaría afuera para cuando él llegara, ya que no era buena idea que tocara pues le había dicho a mi madre que saldría con unas amigas, no podía decirle que en realidad me vería con un profesor de la universidad.

Cuando tenía cinco minutos de haber salido, enfrente se estacionó una camioneta gris, no sabía de qué modelo era ni de qué año ya que nunca me llamaban la atención los automóviles, tendría tal vez unos dos años pensé pues parecía nueva, estaba impecablemente limpia, de ella salió la persona que esperaba, vestía formal como siempre, traía puestos unos pantalones de vestir negros, camisa blanca, saco negro, corbata gris y zapatos negros, se veía tan guapo, al verme cruzó la calle, cuando estaba a unos cuantos centímetros me saludó.

- ¡Hola! - dijo esbozando la sonrisa que me derretía, su mano derecha tomó mi cintura, sus labios rosaron mi mejilla a unos escasos centímetros de mi boca, me estremecí, él lo notó - ¡Te ves hermosa! - decía mientras sus ojos inspeccionaban mi rostro, estábamos tan cerca.

- Gracias - respondí como pude mirándolo a los ojos.

Mi corazón latía a mil, estábamos tan cerca que podía sentir su respiración en mi rostro, su mano todavía estaba en mi cintura, tuve que contenerme para no arrojarme hacia él.

- ¿Nos vamos? - preguntó haciéndose hacia un lado para dejarme libre el paso, asentí con la cabeza, caminé hacia la camioneta, él me seguía por detrás - Permíteme - dijo sonriendo, abrió la puerta y tomando mi mano me ayudó a subir.

El camino fue un poco largo, no tenía la menor idea hacia donde nos dirigíamos hasta que pude ver las señales de la carretera de que estábamos próximos a llegar a Chapala. No nos hablamos durante todo el camino, él se limitaba a manejar, de vez en cuando me miraba de reojo y al ver mi nerviosismo que era obvio, sonreía, yo me ruborizaba.

Cuando entramos a Chapala pude ver lo hermoso que estaba el lugar, hacía años que no iba, desde entonces había cambiado muchísimo, nos estacionamos cerca del malecón, él abrió la puerta y me ayudó a bajar.

Caminamos un rato sin hablarnos pero esta vez él estaba más atento en mí que en fijarse por donde caminaba, yo mantuve la vista hacia el frente sabía que sí lo miraba me perdería por completo, me desconcentraría y tal vez tropezaría, no quería que me viera como una tonta.

Mientras caminábamos observé el paisaje, el lago estaba hermoso, parecía que tenía su playa propia pues estaba elaborado en las orillas con tierra dejando el paso libre para tocar el agua, casi igual que en la orilla de la playa. Cuando miraba hacia ese lugar acomodé la bolsa en mi hombro para poder sostenerla mejor, entonces percibí su mano tomando la mía, cerré los ojos por un segundo y suspiré, lo miré a los ojos conteniendo la respiración, le sonreí, él hizo lo mismo y seguimos

caminando tomados de la mano.

Nos detuvimos cuando llegamos al centro del malecón, se paró enfrente de mí y con su mano derecha me acarició el rostro, su mano izquierda la puso en mi cintura, cuando sentí el roce de sus dedos me estremecí, él lo notó y sonrió, me encontraba hipnotizada lo miraba a los ojos mientras deseaba que no se detuviera. Su mano derecha cambio de dirección y la acomodó también en mi cintura, sabía que iba a suceder, había soñado con eso la noche pasada, suspiré hondo, quería que fuera perfecto.

Se inclinó hacia mí y me besó, fue un beso lento, suave y dulce, era mejor de lo que había soñado, la realidad había superado a la ficción, yo le respondí; durante unos segundos nos quedamos sin movernos, sus manos en mi cintura, yo un poco separada de él y nuestros labios rozándose dulcemente, con cada segundo me perdía más y más en él; había una guerra en mi cerebro, la parte racional decía que eso no era correcto, él estaba casado, con dos hijos y para el colmo era mi profesor; la otra se aferraba a seguir sin importarle nada, hasta que una de las dos ganó. Mientras nos seguíamos besando me acerqué a su cuerpo hasta que no quedó espacio entre los dos, me aferré a su pecho, como él era más alto que yo no pude ponerle mis brazos en sus hombros así que lo rodee con ellos.

A partir de ese momento no me importaría nada ni nadie que no fuera él, me di cuenta de que estaba loca y completamente enamorada, mi mundo giraba alrededor de ese ser tan maravilloso y estaba dispuesta a todo por estar con él, hasta de convertirme en su amante.

Capítulo 6

Después de ese día todo cambio, comencé una relación con mi profesor, cada vez que nos veíamos disfrutaba al máximo sus besos, sus abrazos, estar tomada de la mano con él. Todo era como un sueño, en donde yo era la princesa y él mi príncipe azul, me había hecho creer en los cuentos de hadas con finales felices. Estaba tan enamorada que no importaba lo que sucedía alrededor, me encontraba metida en una burbuja suave y delicada que en cualquier momento se podía romper pero yo luchaba por mantenerla intacta. Todo era tan maravilloso que si hubiera sabido que pasaría después, volvería a elegir el mismo camino una y otra vez.

- Rose no se quería dar cuenta de lo que estaba pasando, ella estaba enamorada de Daniel, pero se negaba a aceptarlo, el amor había llegado a su corazón cuando menos lo esperaba, pero no estaba dispuesta a dejar todo por amor, su orgullo no la dejaba ver la realidad, ¿cuánto tiempo iba a pelear en contra de lo que sentía?

Leía el libro que había comprado en las vacaciones, la de la portada con unas manos y un corazón sangrando acostada en mi cama, la lectura estaba más buena de lo que había pensado.

Miré hacia el techo dejando el libro a un lado de la cama, pensé en los personajes. Rose era una chica hermosa, inteligente pero orgullosa que no estaba dispuesta a sacrificar nada de su vida por nadie. Nunca se había enamorado hasta que conoció a Daniel, él era muy guapo y estaba completamente enamorado de Rose, dispuesto hacer todo lo que ella dijera, sacrificaría todo con tal de estar a su lado, hasta moriría y renacería por ella.

Cerré los ojos, mi mente voló hasta el día en que mi ángel terrenal y yo nos habíamos visto después de que el semestre terminara. Ahora que había acabado la escuela tendría más tiempo para vernos. Llevaba dos días sin saber nada de él ya que había tenido que salir de la ciudad por unos compromisos de trabajo. Ese día había dicho algo que hasta la fecha retumbaba en mi cabeza.

- Si hace veintidós años hubiera sabido que nacerías, no me casaba.

Abrí los ojos al escuchar el timbre del teléfono, como lo tenía a un lado sólo estire el brazo para contestar.

- Bueno.

- ¡Hola, Mía! - saludó Carlos mi mejor amigo.

Lo conocía desde la infancia, él era dos años mayor que yo, desde que habíamos entrado a la universidad no nos veíamos, estaba en la carrera de medicina lo cual le quitaba casi todo su tiempo, pero eran vacaciones así que volvería a la vida social.

- ¡Hola, Carlos! - contesté muy contenta.

- ¿Cómo has estado?

- Muy bien, ¿y tú?

- También. Oye ya que estamos de vacaciones quiero aprovechar el tiempo para salir y divertirme un rato antes de volver a la escuela, qué te parece si nos vemos hoy y así nos contamos todo lo que nos ha pasado estos seis meses.

- Está bien, aquí te espero - colgamos.

Sería divertido salir con un viejo amigo, así no estaría pensando en los días que faltaban para que él regresara. Me distraería un poco, estaba todavía acostada en mi cama pues me encontraba arreglada para salir, así que sólo tenía que esperar a que Carlos llegara. Toqué la cama con mis manos en busca de un sobre, cuando lo localicé, lo traje hacia mi rostro y saque el contenido. Eran fotos de mi ángel terrenal conmigo en donde salíamos abrazados y besándonos, de todas las fotos sólo me gustaba como salía él, yo no era fotogénica, la única que me había gustado me la había quitado a pesar de que tenía muchas fotografías mías en su celular.

Suspiré, nunca había pensado lo mucho que se puede amar a alguien, nunca había estado enamorada pero sabía que lo que sentía era más fuerte que yo. De repente escuché el timbre de la puerta, me levanté rápido, escondí el sobre con las fotografías y salí corriendo hacia la entrada.

- ¿Nos vamos? - pregunté en cuanto abrí la puerta, él asintió y comenzamos a caminar.

Nos dirigimos hacia la plaza, compramos unas papas y unas aguas de sabor y nos sentamos en una banca. Él había cambiado muchísimo, estaba más alto, más delgado, se veía un poco ojeroso, eran los rasgos que tenían los que estudiaban medicina.

- ¿Y qué tal te fue el primer semestre? - preguntó Carlos.

- Muy bien, saqué buenas calificaciones, no esta tan matado como tu

carrera.

- Eso es cierto - sonrió.

- ¿Y te gusta?

- Sí, cada día me gusta más - sonrió - Aunque si es un poco matado, tienes que desvelarte haciendo tarea o estudiando para los exámenes, no duermes, casi no comes, no tienes vida social en pocas palabras - se encogió de hombros - Pero es genial.

- ¡Qué bueno! - tomé un sorbo de mi agua - Cuéntame, ¿tienes novia?

- Creo que eso va incluido en la parte de no tengo vida social - sonrió y comió.

- Bueno, pero ¿no te gusta nadie? - pregunté mirándolo - Alguien de tu carrera.

- Tengo compañeras bonitas pero no me gusta nadie. ¿Y a ti? - me miró fijamente.

Me puse nerviosa por la pregunta, no podía decirle que estaba de novia, bueno más bien dicho de amante con un profesor de la universidad, lo conocía muy bien y sabía cuál sería su reacción.

- Soltera - mentí sonriendo, esperando que se lo creyera.

No dijo nada, sólo se limitó a verme por un rato, luego volteo hacia su comida, sabía que no se lo había creído, por lo menos no completamente, él era de los pocos que me conocían realmente, no era fácil de engañar.

De repente mi celular sonó. Di un brinco por el susto, ya que siempre se me olvidaba que tenía el sonido muy fuerte. Lo saqué de mi bolsa y vi el número, sonreí... de hecho más de lo que me hubiera gustado. Era un mensaje de mi ángel terrenal, había vuelto y quería verme ese día.

Me levanté y cuando estuve a punto de irme recordé que estaba con Carlos, no podía dejarlo así, pero ese día vería a mi ángel y tenía que ir a arreglarme para él. Voltee a ver a Carlos, él me observaba, sabía por qué había reaccionado de esa manera, yo no sabía qué decirle.

- Anda ve - dijo sin mirar.

- Pero Carlos... - contesté un poco triste.

Hacía seis meses que no nos veíamos y el día que ocurría tenía que irme,

que mala amiga era.

- No te preocupes - dijo mirándome un poco triste - Nos vemos otro día, al fin y al cabo acaban de iniciar las vacaciones, tenemos dos meses para vernos - lanzó una sonrisa fingida.

- Muchas gracias - lo abracé - Prometo que te lo recompensare - grité cuando ya estaba un poco lejos.

Él se quedó solo en la banca mirando como desaparecía entre la multitud.

Mi ángel terrenal había pasado por mí a la seis de la tarde, y como era común me llevo a donde yo quisiera, así que fuimos al cine, como yo había elegido el lugar, a él le tocó escoger la película. Compramos un refresco y unas palomitas, él no era de comer comida chatarra, pero desde que salíamos comía lo mismo que yo.

No dirigimos a la sala que nos tocaba y nos sentamos lejos de la gente donde nada más estuviéramos los dos. Como era costumbre, pasó su brazo izquierdo por mis hombros y yo acomodé mi cabeza en su pecho, tomé una palomita y la puse en mi boca, voltee a verlo, al darse cuenta sonrió y me besó. Era de la única manera que lo hacía comer esas cosas. Duramos un rato besándonos, ninguno de los dos se quería separar del otro, queríamos estar así todo el tiempo, pero en algún momento teníamos que separarnos para respirar.

- Me vas a hacer engordar - decía cada vez que terminábamos de besarnos.

La película comenzó, la verdad no estábamos interesados en verla, así que tomó una palomita y se la puso en la boca, me movió un poco para que volteara y lo besé. Así estuvimos hasta que se acabaron, después sólo nos limitábamos a seguirnos besando, ya ni mirábamos a la pantalla, sólo nos separábamos unos segundos para tomar aire y reanudar nuestro beso.

Cuando se terminó la función, salimos tomados de la mano hacia su camioneta, como siempre abrió la puerta y me ayudó a subir. Mientras manejaba observé que no íbamos hacia mi casa, no conocía esas calles.

- ¿A dónde vamos? - pregunté mirado hacia él.

- Es una sorpresa - sonrió.

Me quedé observando las calles para poder adivinar, pero no tenía la menor idea de dónde estábamos. Entramos al estacionamiento subterráneo de un edificio. Cuando estábamos abajo sentí que cubría mis

ojos con un pañuelo.

- ¿Qué estás haciendo? - sonreí, no tenía miedo ya que confiaba plenamente en él. Sabía que no era capaz de hacerme daño.

- Ya te dije, es una sorpresa - contestó acomodándome el pañuelo - Confía en mí - dijo al oído.

Suspiré y lo seguí, sus manos me dirigían, mis pasos no dudaban confiaban en él y eso me bastaba.

Subimos a un elevador, mientras estábamos dentro, mis manos buscaban su boca, cuando la localizaron me arrojé a él y lo besé. Al poco rato se separó de mí lo cual significaba que ya estábamos llegando.

Al salir del elevador caminamos unos metros, se detuvo y pude escuchar cuando sacaba unas llaves, abrió la puerta y me dirigió hacia adentro. Después que cerró la puerta sentí sus manos quitándome el pañuelo. Cuando por fin pude ver, me encontré en un departamento, era hermoso. Estábamos en la sala, los muebles eran de color blanco impecable al igual que la alfombra, al lado izquierdo se encontraba el comedor y la cocina. En el derecho había un pasillo con varias puertas en los lados y una al final.

La primera puerta era el baño, la segunda era la lavandería y la última la recamara. La sala tenía un gran ventanal donde entraba mucha luz, me acerqué y pude ver que era también un balcón. Él abrió la puerta y salimos, desde ese lugar tenía una hermosa vista, me abrazó por detrás y me besó en el pelo.

- Sabía que te iba a gustar - dijo sonriendo. Yo voltee para verlo.

- Es hermoso - dije muy contenta.

Sacó unas llaves y las puso en mi mano.

- Son tuyas - respondió ante mi desconcierto - Lo compré para cuando no tengamos ganas de salir y quisiéramos estar solos - sonrió - ¿Quieres que te enseñe todo?

- Sí - respondí de inmediato.

Me llevo por todas las habitaciones. Teníamos un lugar para estar solos, solamente él y yo, eso me encantaba, allí no tendríamos que preocuparnos por escondernos para que nadie nos reconociera. Era nuestro nidito de amor.

Capítulo 7

- Toda la vida.

Leía el final del libro El amor en los tiempos del cólera de Gabriel García Márquez; me encontraba en el nidito de amor con mi ángel terrenal. Cerré el libro, me dispuse a observarlo, adoraba verlo trabajar, al sentir mi mirada sonrió.

- ¿Qué pasa? - preguntó enfocado en los papeles que tenía en la mano.

- Nada - suspiré - Me gusta verte trabajar.

Volteó y se acercó para darme un beso, después volvió al montón de hojas que tenía en una mesa.

- Debiste traerte otro libro - dijo cuando se dio cuenta que no le quitaba la vista.

- Ya leí todos lo que tenía - mentí.

Todavía me quedaba uno por leer, lo había arrojado a la mitad porque no soportaba imaginar todo lo que hacía sufrir Rose a Daniel, ya que al principio lo había ilusionado y después lo botó como basura. Daniel estaba muriendo por amor, cada vez que lo tomaba para terminarlo con sólo leer una página tenía ganas de aventarlo muy lejos.

Lo bueno es que el año pasado había asistido a la Feria Internacional del Libro (FIL) y compré el libro que ese mismo día acababa de terminar.

La novela trataba de un amor imposible, separados por el destino; Florentino Ariza amaba profundamente a Fermina Daza, quien después de mucho tiempo de enviarse cartas se dio cuenta que lo que sentía por él no era más que una ilusión y se casó con el doctor Juvernal Urbino.

Florentino nunca renunció a ella, la amaba a tal grado que esperaría a que su esposo falleciera. Mientras leía el libro me di cuenta de que inconscientemente esperaba algo parecido, así como el protagonista esperaría, no a que su esposa falleciera sino hasta que se divorciara, esperaría si era necesario toda la vida.

Me quede mirándolo hasta que terminó su trabajo, cuando acomodó todas sus hojas en una carpeta me arrojé hacia él, me rodeo con sus brazos y yo me aferré a su pecho. Siempre que estaba con él me sentía segura, sé que era completamente tonto, no era Superman ni otro héroe con súper poderes, tal vez no me podría defender de todo, pero así me sentía, como

si a nuestro alrededor hubiera una muralla impenetrable.

Levanté mi rostro para ver el suyo, cuando quedamos frente a frente él se acercó para besarme. Nuestro beso paso de ser suave a apasionado, sin darme cuenta de lo que hacía me acosté en el sofá jalándolo hacia mí hasta que quedó encima. Seguíamos besándonos con una fuerza y pasión que era imposible parar. Su mano que se encontraba en mi cintura comenzó a recorrer mi cuerpo, primero recorrió mi pierna hasta llegar a mi pecho en donde la dejó.

No me incomodaba que me tocara, ya había pasado varias veces y siempre había sido yo quien lo sedujera, nunca habíamos pasado de eso, cada vez que recorría sus manos por mi cuerpo había sido por encima de la ropa y siempre era él quien con una gran fuerza de voluntad se separaba.

No llegábamos a concluirlo porque él se negaba a quitarme la virginidad, aunque ya se había hablado muchas veces sobre el tema y le había dicho que quería que él fuera el primero, no lo había convencido. Así que cuando estábamos solos aprovechaba para seducirlo y cuando pensaba que lo había logrado, se separaba de mí disculpándose.

Esta vez no se detuvo, él seguía tocándome, sus manos recorrían rápidamente todo mi cuerpo mientras continuábamos besándonos, después pasó algo que no esperaba, se separó un poco y me observó. Estaba excitado, eso era claro, lo podía ver en su cara, en su respiración acelerada, pasó su mirada por mi cuerpo al mismo tiempo que sus manos hasta que llegaron nuevamente a mis pechos; estaba contenta, ese día me había puesto un blusón strapless color amarillo que me hacía lucir maravillosamente, una mano la puso en mi cintura mientras que la otra la mantuvo acariciando mis pechos, por sus caricias el blusón se me había bajado hasta que nada más cubría la mitad de mis pechos, luego volvió a besarme, pero con más intensidad que nunca, después comenzó a besar mi cuello, poco a poco subió a mi barbilla y finalmente mi boca.

Su mano comenzó a bajarme el blusón hasta que mis pechos quedaron al descubierto y pude sentir sus manos en ellos. Cuando ya estaba completamente sumergida en él, se separó de golpe, se sentó hasta el otro extremo del sofá, me quedé perpleja, traté de sentarme lo más rápido que pude y lo miré, él tenía sus manos sobre su rostro tratando de contenerse. No dije nada, ni si quiera me moví, ¿por qué se negaba tanto hacerme el amor? Era algo que ambos queríamos, a mí no me importaba perder mi virginidad a los 18 años, mientras fuera con él, ¿por qué a él si?

- Lo siento - dijo aun con las manos en la cara.

Cuando estaba más relajado me miró fijamente, al percatarse que todavía tenía la blusa abajo se acercó para acomodármela pero se lo impedí. Al sentir mi reacción se molestó, se puso de pie y comenzó a guardar sus cosas.

- Es mejor que te lleve a tu casa.

- No quiero.

- ¿Qué? - preguntó sorprendido, era la primera vez que lo contrariaba lo cual no le gustaba para nada.

- Que no quiero irme - le dije sin titubeos.

Estaba enojada, me sacaba de quicio que me tratara como una niña.

- Tenemos que hablar...

- No tenemos nada de qué hablar - me interrumpió antes de que terminara.

- Claro que sí, esta situación no puede seguir así.

- ¿Qué situación?

- Lo de hace rato - al pronunciarlo su cara mostró facciones que me decían que no quería tocar el tema - Es que no entiendo cuál es el problema. Ambos queremos hacerlo desde hace tiempo. Te amo, ¿qué no te es suficiente? - lo miré desesperada, él percató el tono de mi voz y me miró, estaba sorprendido.

- ¿Realmente quieres hacerlo? - preguntó preocupado.

- Sí - mi respuesta le sorprendió una vez más - ¿Acaso no me deseas?

- Claro que sí - respondió de inmediato.

- ¿Entonces?

- Es que no estas lista - volvió a mirarme con preocupación.

- Si ese es el problema, dame un plazo para prepararme.

Me levanté rápido, lo abracé lo más fuerte que pude, él no me correspondió.

- Se supone que la primera vez tiene que ser algo especial.

- Y lo será, porque va a hacer contigo.

Me separé un poco para mirarlo a los ojos, aún seguía abrazándolo. Al ver que mi postura no iba a cambiar por primera vez cedió.

- Está bien - dijo separándome de él - Dame unas semanas para prepararlo todo, quiero que sea un momento que nunca olvides - me acarició el rostro.

Le respondí con una sonrisa, por primera vez en lo que llevábamos juntos le había ganado una batalla. Lo rodee con mis brazos y me acomodé en su pecho. Ese día ya era especial con el simple hecho de tenerlo conmigo.

Pasaron dos días y yo cada vez estaba más nerviosa, cuando estaba con él aguantaba mi nerviosismo a tal grado que no se me notaba en lo más mínimo, sabía que si me veía una mínima inseguridad cancelaría todo pues estaba buscando una excusa para decirme que no estaba preparada, pero la verdad es que lo estaba, tenía nervios como todas las chicas lo tienen en ese momento, me encontraba convencida de que realmente lo deseaba.

Durante esa semana me vinieron muchísimas dudas, yo era una chica sin experiencia a comparación de él, tenía miedo de que no le gustara o que yo cometiera una tontería. Como quería estar completamente lista, fui con el médico para que me diera el mejor método anticonceptivo, era una de las condiciones que él me había puesto.

Con el transcurso de los días mi nerviosismo iba en aumento, así que aproveché el momento y fui de compras con Linda, ella me había sentido un poco rara desde hace tiempo, exactamente desde que comencé a salir con mi ángel terrenal, no le había contado nada a nadie aunque me moría por hacerlo pero sabía que ese día le revelaría todo a ella sobre todo porque había ido a buscar un vestido sin ninguna razón y yo no era así.

Quería comprar un hermoso y provocativo vestido para cuando terminara el plazo, esa fecha tan especial quería verme hermosa para él, que no se pudiera resistir.

Recorrimos todas las tiendas del centro de la ciudad, probé cada uno de los vestidos que me habían gustado pero ninguno era lo que buscaba. Para descansar pasamos a una nevería a comprarnos un helado, estaba haciendo tanto calor que necesitábamos algo que nos refrescara, al salir había una banca desocupada, nos sentamos y permanecimos un rato en silencio.

- Bien, amiga. Creo que me debes una explicación.

- ¿De qué?

- ¿Cómo de qué? Tú lo sabes muy bien, te comportas diferente, hasta vienes a comprar un vestido cuando no hay una fiesta próxima, a parte, ¡tú odias los vestidos! Hasta hace como tres meses los comenzaste a usar como si nada.

- Bueno, la gente cambia.

- Sí, pero por alguna razón. Amiga, ¿qué es lo que sucede?

Suspiré hondo, era la hora de la verdad.

- A ti no te puedo mentir, eres mi mejor amiga. Sólo prométeme que no vas a decir nada.

- Te lo prometo. ¿Qué pasa?

- Te acuerdas del profesor que te conté. El que me gustaba.

- Sí.

- Bueno pues estoy saliendo con él - cerré los ojos, sabía cómo iba a reaccionar.

Después de varios minutos no escuché ningún regaño, estuvimos en silencio hasta que abrí los ojos y la miré, su rostro reflejaba seriedad pero no estaba alterada.

- ¿Estas enamorada de él? - preguntó sin mirarme, yo estaba atónita, nunca había pensado en que esa sería la primera pregunta que me hiciera.

- Sí, es algo que no puedo controlar, muchas veces traté de dejarlo porque él es un hombre casado con hijos, pero no pude.

Y era verdad, al mes que habíamos iniciado nuestro clandestino romance la conciencia me había atormentado con la culpa, la parte racional me echaba en cara todo hasta que en un momento decidí alejarme de él antes de que fuera demasiado tarde... antes de que no pudiera dar marcha atrás. No le contestaba las llamadas y cuando estábamos en la escuela trataba de no quedarme a solas con él, pero no pude, sólo bastaba un beso para caer rendida a sus pies, no había escapatoria, desde el primer momento la puerta de salida estaba cerrada con candado y lo peor de

todo es que yo misma lo había puesto.

Al ver que ella no decía nada más, decidí contarle toda la historia con lujo de detalle hasta la razón por la que había ido a comprar el vestido; escuchó atenta a todo sin mirarme. Cuando terminé nos quedamos unos segundos en silencio hasta que ella lo rompió.

- Soy tu amiga y sabes que te voy a apoyar en todo aunque no esté de acuerdo, sólo quiero que no sufras, pero si él es tu felicidad no tengo nada que decir.

Capítulo 8

El plazo se había terminado, la fecha que veía lejana estaba presente. Ansiaba que llegara la hora pactada, tenía todo listo, la coartada con mis padres y lo que necesitaba para esa noche. Les había hecho creer a mis papas que me quedaría a dormir con Martha, una amiga de la universidad, lo cual era mentira, para empezar ella ni siquiera existía, era producto de mi imaginación, y era el pretexto perfecto para estar con mi ángel terrenal.

Linda era la única que sabía la verdad y aunque no estaba de acuerdo accedió a cubrirme. Cuando faltaban dos horas para que me recogiera fui a la casa de Linda para arreglarme, él llegaría a ese lugar, cuando dieron las siete de la tarde escuché una camioneta llegar. Me despedí de mi amiga, tomé la maleta y salí casi volando a los brazos del hombre que me hacía completamente feliz.

Esa noche estaba más guapo que nunca, llevaba puesto una camisa blanca con pantalón y saco negro, zapatos del mismo calor, por primera vez no llevaba corbata pero ni falta hacía. Yo llevaba un vestido negro strapless, pegado que me hacía lucir la forma de mi cuerpo, corto arriba de la rodilla. Al verme se quedó paralizado, sonreí, había cumplido con mi propósito, me veía irresistible, cuando pudo reponerse se acercó y me besó dulcemente, como siempre me arrojé hacia él. Cuando nos separamos para recobrar la respiración, él como todo un caballero me ayudó con la maleta llevándola a la camioneta, me abrió la puerta y nos dirigimos hacia nuestro nidito de amor.

Desde que bajamos de la camioneta se mostró de lo más lindo y cariñoso, caminamos abrazados hasta la puerta del departamento. Al entrar me quedé totalmente sorprendida, había arreglado el lugar para la ocasión, yo era una romántica empedernida así que puso velas en toda la sala siendo la única fuente de luz, también había adornos con rosas rojas, al ver mi asombro me abrazó y me besó en la frente.

- ¿Te gusta? - preguntó todavía abrazándome por detrás.

- Claro, me encanta - voltee mi cabeza para encontrarme con la suya y besarlo.

Aún entre sus brazos caminó hacia el sofá donde me sentó, tomó unas copas y una botella de vino.

- Como sé que no te gusta beber, compré del vino más bajito y dulce, pero si no quieres lo comprendo...

- Sí, quiero - le interrumpí, él se asombró ante mi respuesta - Pero con una condición.

- ¿Cuál? - preguntó divertido.

- Que me des de tu copa.

- Trato hecho - respondió de inmediato.

Sonrió ante la proposición y sirvió vino en una de las copas, se sentó a un lado de mí, tomó un sorbo y me la extendió, yo tomé otro sorbo.

- ¿Muy fuerte?

- Esta perfecto - respondí acercándome a sus labios.

Dejó la copa en la mesa y me arrojé a sus brazos, acurrucada en su cuerpo comenzamos a besarnos. Con cada minuto nuestros besos subían de tono, hasta que pareció que nos íbamos a comer. Pasó sus manos por mi cuerpo, yo traté de quitarle su saco, tuve que hacer un gran esfuerzo para lograrlo sin dejar de besarlo. Aún besándonos me recostó en el sofá, sus manos me acariciaron por debajo de mi vestido. Sus labios se deslizaron hasta mi cuello, mientras le acariciaba la cabeza. Todos los miedos que había sentido antes desaparecieron. Lo único en lo que podía pensar era en él.

Poniendo sus manos en mi cintura me levantó del sofá, sabía lo que seguía pero aun así no volvieron los miedos; me rodeo con sus brazos y todavía besándonos caminamos hacia la habitación.

El despertar del día siguiente fue el mejor de toda mi vida. Amanecí en brazos del hombre al que amaba, acurrucada en su cuerpo escuchaba su respiración ya que él seguía durmiendo. Desde ese día quería despertar todas las mañanas de esa manera, mi pensamiento cambio por completo, si antes me bastaba con verlo ciertos días, antes me conformaba con compartirlo, ahora quería que fuera sólo mío, no imaginaba que nadie más lo abrazara, besara o que le hiciera el amor, ni a su esposa...

Sentí un gran enojo en recordar ese pequeño detalle que nos separaba, ¡su esposa! Por primera vez sentí envidia de ella, mientras yo tenía que conformarme con las migajas, ella tenía el plato principal, vivía con él las veinticuatro horas del día, podía salir a pasear sin esconderse de nadie, dormía con él todas las noches, pero había algo que me dolía más... siempre regresaba para ella.

Al pensar esto me acurruqué más a su cuerpo, quería sentirlo aunque fuera por un momento mío. Cerré los ojos, como era muy temprano dormiría un rato más, pero sobre todo estaría más tiempo entre sus

brazos, con el transcurso de los minutos fui quedándome dormida, de repente sentí un movimiento leve, lo sentí tan lejano porque mis sentidos se estaban adormeciendo, sentí como sus brazos se aferraban a mí y me acomodaba para que estuviera completamente cubierta por él, realizó movimientos leves para no despertarme, besó mi cabello. Sus dedos comenzaron a acariciar mi piel.

- ¿Por qué tenías que llegar a mi vida veintidós años tarde? - preguntó en voz baja para sí mismo pues creía que estaba profundamente dormida, suspiró varias veces y puso su barbilla en mi cabeza.

Habían pasado ya dos semanas después de esa noche mágica, nuestra relación se había fortalecido y aunque creía que los problemas eran ajenos a nosotros en poco tiempo me di cuenta de que no. Nuestra historia de amor había sido perfecta, pero como toda historia tenía sus momentos difíciles. Unos días después habíamos tenido nuestra primera pelea, la razón de mi enojo era por una situación tonta que él había exagerado y como siempre nadie podía decirle lo contrario, él odiaba no tener la razón, ese día se había salido de nuestro nidito de amor molesto y desde entonces no sabía de él, por miedo a perderlo lo busqué echándome la culpa, pidiendo perdón y elevando su ego para que volviéramos.

Así serían resueltos todos nuestros problemas más delante, yo era siempre quien lo buscaba, era quien siempre perdía y él, el ganador indiscutible.

Dicen que cuando una relación empieza mal siempre termina igual, y era cierto. Después de tres meses y medio que llevábamos juntos nuestra relación comenzaría a tornarse tormentosa, pasábamos poco tiempo juntos, casi no hablábamos y cuando nos veíamos siempre tenía que retirarse por "asuntos de trabajo", yo sabía que esos asuntos no tenían nada que ver con el trabajo sino con su familia.

Cierto día nos encontrábamos en nuestro nidito de amor viendo la televisión, yo estaba acurrucada en su cuerpo como siempre y él me tenía rodeada con sus brazos. Ambos estábamos tan felices, era de los pocos momentos que teníamos juntos, todo marchaba perfecto hasta que sonó su celular. Tomó su celular y vio el número, al ver quien era se alejó lo más posible de mí, retirándose para que no escuchara. Cerré los ojos por un momento, sabía quién era. Lo miré, sólo podía escuchar el murmullo de su voz, cuando terminó su llamada guardó su celular y se dirigió hacia mí.

- Me voy - dijo recogiendo sus cosas sin mirarme - Tengo que arreglar unos asuntos pendientes en el trabajo.

- ¿Qué no pueden arreglarlos sin ti? - pregunté tratando de seguirle la

corriente.

- No, me necesitan - contestó aún sin mirarme.

- ¿Hasta cuándo me vas a tratar como una tonta? - pregunté enojada, ni siquiera se molestó en hacerme caso - Yo sé perfectamente que la persona que te llama es tu esposa - ante esto se paró en seco y por primera vez en toda la conversación me miró - No puedes irte, hoy sólo hemos estado juntos pocas horas.

- Lo siento pero tengo que irme - dijo terminando de recoger sus cosas.

- ¡Estoy harta de esta situación! - dije quitándole de las manos unos papeles para que me prestara atención.

- ¿Qué situación? - preguntó enojado.

- ¡Esta, tú, tu familia y yo! - decía enojada - Estoy harta de que siempre que ella te habla salgas corriendo y cuando yo lo hago ni si quiera te molestas en contestarme.

- ¿Y qué quieres que haga? - preguntó gritando.

- ¡Qué dejes a tu esposa! - contesté también gritando - ¡Quiero que te divorcies! Te amo y estoy cansada de compartirte, quiero que seas solamente mío.

- ¡Estás loca!

- ¿Cómo crees que me siento? Yo si tengo que ser completamente tuya porque el señor se enoja si salgo con alguien más, mientras yo te comparto con otra mujer.

- No tienes derecho a reclamarme nada, sabías perfectamente que estaba casado y no te importó, ¿por qué ahora sí?

- Porque, antes sólo era un juego, solamente me gustabas, pero ahora te amo.

- Tengo que irme - se dirigió a la puerta pero yo le tapé el paso - ¿Qué estás haciendo?

- No voy a permitir que sigas jugando conmigo, ha llegado la hora, tienes que decidir entre ella y yo - lo miré a los ojos sin titubear ni un segundo.

Se quedó parado frente a mí, no podía creer lo que estaba pasando, me miraba tan firme en mi decisión que no podía pronunciar ni una sola

palabra. Me quedé mirándolo, esperando su respuesta.

- ¡No sabes lo que estás diciendo! - dijo y pasó por un lado de mí, caminó hacia la puerta.

- ¡Si sales por esa puerta, te prometo que no me vuelves a ver! - lo amenacé mirándolo fijamente, se detuvo por un momento y después avanzó cerrando la puerta al salir.

Había transcurrido dos días sin verlo, sabía que estaba esperando a que yo lo buscara como siempre, pero esta vez no iba a ceder, sería él quien me buscara y me pidiera perdón, quería que se diera cuenta de que podría perderme. Mientras veía las horas pasar en mi habitación, comencé a sentir un gran miedo, ¿y si era yo quién lo perdía? Varias veces estuve a punto de llamarle pero cuando sólo me faltaba un número por presionar colgaba el teléfono. Estaba tan preocupada por el destino de mi relación que no podía pensar en nada más. Entonces escuché que alguien tocaba la puerta de mi cuarto.

- ¡Adelante! - dije acomodándome bien en la cama.

- ¿Se puede? - preguntó una voz familiar.

Voltee hacia la puerta y vi la cabeza de mi mejor amigo Carlos. Al mirarlo recordé que no lo había visto desde que lo dejé en la plaza, aquella tarde donde vi a mi ángel terrenal, el día en que me mostró nuestro nidito de amor.

- ¡Claro, pasa! - respondí sentándome en la cama.

- Parece que eres una chica muy ocupada, vine a ver si no tenías planeado algo para ahorita - dijo sentándose en la cama.

- No tengo planes.

- ¡Perfecto! ¿Qué tal si vamos a caminar y seguimos con la plática que me debes? - propuso señalándome con el dedo sonriendo.

- Claro, deja busco mi bolsa y nos vamos - me levanté hacia el closet.

- Oye, ¿te acuerdas de las fotos del cumpleaños de Linda? - preguntó.

- Sí.

- ¿Me las podrías prestar para escanearlas?

- Claro, agárralas están en mi escritorio en un sobre amarillo.

Carlos se dirigió al escritorio, pero yo tenía un desorden y comenzó a mover todo para encontrarlo, cuando por fin lo vio sin querer tiró unas cosas al suelo. Se agachó para juntarlas, mientras juntaba lo que había tirado vio unas fotos, las volteo y cerró los ojos. Como yo no escuchaba nada no le di importancia hasta que encontré mi bolsa y voltee a verlo.

- Ya está, ¿nos vamos? - le dije mirándolo, después de unos segundos esperé su respuesta o un movimiento pero él estaba como estatua - ¿Sucede algo? - pregunté sin moverme, ¿qué tenía en las manos que pudiera causarle su reacción?

- ¿Quién es él? - preguntó en voz baja aún sin moverse.

- ¿Quién? - me acerqué un poco.

- ¡Él! - contestó lanzándome una de las fotos para que pudiera verla bien.

Entonces comprendí, me quedé parada sin decir nada, ¿qué podía hacer ante lo que ocurría? La foto que me enseñaba era una donde salía con mi ángel terrenal abrazados. Mi mente pensó mil mentiras para justificar aquello pero era imposible, la prueba era irrefutable, ya había visto las demás fotos en donde salíamos besándonos no podía decir nada, ¿qué más podía hacer? Se quedó mirándome, esperando una respuesta la cual no tenía, me acerqué y me senté en la cama.

- Antes de que hagas tus propias conclusiones, quiero que escuches la historia - dije mirándolo, se quedó sin negar o afirmar, así que hablé.

Conté toda la historia, desde que lo conocí hasta lo que había pasado días antes, no hizo ni un ruido, ni si quiera un solo movimiento, pensé que no estaría escuchando así que cuando terminé de relatar mi historia de amor no esperé que dijera nada. Estuvimos unos minutos en silencio.

- ¿Sabes que está mal lo que haces? - preguntó por fin mirándome.

- Lo sé - respondí en voz baja.

- Todo el mundo dice que el amor es algo maravilloso, dulce, lindo, pero no es más que sufrimiento, desengaño y tonterías - decía mientras ponía las fotos en el escritorio - Creo que mejor me voy - caminó hacia la puerta sin mirar atrás.

Capítulo 9

Ese fue el último día que vi a mi mejor amigo, aunque me dolía… estaba enojada con él, se supone que los amigos te apoyan en todo y él no lo había hecho. Desgraciadamente no me di cuenta de lo que estaba sucediendo, estaba tan enamorada que no me importó ir perdiendo amigos por él. El remordimiento que había generado mi conciencia por lo sucedido con Carlos se esfumó al día siguiente cuando vi a mi ángel terrenal llegar a casa con un ramo de flores, había ido a pedirme perdón.

Aunque pensé que todo sería como antes, la verdad es que iba a empeorar. Nos veíamos menos y pasábamos todo el tiempo discutiendo. El fin estaba cerca, no lo podía ver, y aunque lo hubiera hecho no le habría tomado importancia.

Para calmar la tensión que había entre los dos, planeé una noche romántica, lo único que quería era estar con él, besarlo, que me hiciera suya. Así que organicé todo con Linda, ella me cubriría como siempre. Cociné algo delicioso, puse velas para poner todo romántico, copas, vino, música, yo irresistiblemente atractiva, sólo faltaba algo muy importante, él.

Esperé a que llegara, siempre era puntual así que en poco tiempo llegaría, mientras me senté a observar el departamento, ¡qué raro se veía sin él! Quince minutos tarde… treinta minutos… cuarenta y cinco… una hora… dos horas… el celular sonó, era él, tal vez no pudo salir pronto del trabajo y ya se dirigía para acá. Contesté.

- ¡Hola, amor! ¿Ya vienes para acá? ¿Cómo que no vas a poder venir? ¿Se te junto el trabajo? Sí no te preocupes, entonces nos vemos luego. Sí, te amo, adiós.

Tuvo que pasar tres días para encontrarnos, había prometido recompensarme todo el tiempo que no nos habíamos visto así que ahora fue él quien organizó una noche romántica, cuando creí que la noche iba a ser maravillosa, me volví a equivocar.

Estaba arreglándome en mi casa cuando sonó el celular, me había llegado un mensaje, corrí hacia el teléfono, leí el mensaje, me dejé caer en la cama, arrojé el celular y quede mirándome a través del espejo. Otra vez no podía venir.

Cansada de esta situación, le exigí vernos, habíamos quedado en ir a tomar un café, así que llegamos al restaurante, cuando el mesero se retiró, comencé a reclamarle todos sus desplantes.

- ¡Aquí no! – decía mientras miraba alrededor.
- Entonces, ¿dónde? – dije levantando la voz - ¡Me has dejado plantada muchas veces!
- ¿Y qué quieres que haga? – preguntó un poco molesto – No puedo dejar mi trabajo.
- Ambos sabemos que no es el trabajo – él volvió a mirarme sorprendido - ¿Hasta cuándo vas a dejar de decir mentiras?

Sabía a lo que me refería, así que miró hacia su café. Yo estaba tan enojada que no soportaba que se mostrara indiferente, que no le importara nuestra relación. Como él seguía sin decir nada me levanté, tomé mis cosas y salí del restaurante, no estaba dispuesta a seguir así, quería algo diferente, deseaba una relación seria. Como no quería llegar a mi casa, caminé por las calles de la ciudad, mi celular sonó y sonó, era él, al enfadarme lo apagué.

Cuando menos pensé el reloj marcó las diez de la noche, había pasado doce horas desde que había dejado a mi ángel terrenal en el restaurante, me encontraba sentada en una banca de un parque, volví a mirar el reloj, todavía no quería volver, pero tendría que hacerlo.

Caminé hacia la parada del camión y lo tomé. Bajé donde siempre, caminé unas cuadras hacia mi casa, saqué las llaves pues ya estaba próxima a llegar, de repente vi como alguien salió rápidamente de una camioneta y corrió hacia mí. Era él, por su reacción tal vez tenía mucho tiempo esperándome, cuando pensé que me regañaría me lleve una gran sorpresa, me abrazó muy fuerte, no estaba enojado, no tenía una mínima seña de coraje, sino que estaba completamente desesperado, no sabía qué hacer así que me quede parada sin abrazarlo. Él cada vez me abrazaba más fuerte, entonces me lleve la segunda sorpresa de la noche.

- ¡Qué bueno que estas bien! – decía todavía abrazándome – Pensé que te había pasado algo cuando no me contestaste – se separó y sus manos tomaron mi rostro – Llamé a tu casa para saber si habías llegado y dijeron que todavía no, así que me preocupe y vine a esperarte, pasaron las horas y nada – decía mirándome fijamente todavía desesperado – Te volví a llamar, pero me mandaba a buzón y me preocupé, estuve a punto de ir a la policía.

Yo todavía estaba en shock, de repente sonó su celular, la magia desapareció, quité sus manos de mi rostro y me alejé un poco de él.

- ¿No vas a contestar? – pregunté con un tono frío – Quizás es otra vez del trabajo.
- No voy a contestar.
- Vaya esto es nuevo, por primera vez no vas a contestar a tu esposa,

¡contéstale! No se vaya a enojar.

Tomó su celular y lo apagó, nunca lo había hecho.

- ¿Dónde te habías metido? – preguntó todavía preocupado.
- Estuve caminando por ahí – respondí indiferente.
- ¡Por ahí! ¡A estas horas de la noche! – su voz cambió con un tono de preocupación y enojo - ¡Te pudo haber pasado algo!
- No pasó nada – contesté todavía indiferente – A parte, ¿a ti qué te importa si me pasa algo?
- ¿Cómo que qué me importa? – dijo más desesperado – Claro que me importa y mucho.
- Claro – dije sarcásticamente – Si como no.
- ¿No entiendes que estaba preocupado por ti? – subió la voz - ¿Qué no entiendes que estaba desesperado al no saber nada de ti? – puso sus manos en mis hombros, su rostro mostraba desesperación.
- Ni si quiera te importo.
- Claro que me importas – respondió más fuerte.
- ¿Por qué? – subí la voz.
- ¡Porque te amo! – gritó - ¡Porque no puedo vivir sin ti! ¡No quiero vivir sin ti! – se acercó a mi rostro - ¡No quiero vivir sin ti! – volvió a decir ahora en voz baja.

Me besó, al sentir sus labios me arrojé hacia él, para que me hacía tonta, yo tampoco podía vivir sin él, es más, ¡no quería vivir sin él!

Capítulo 10

Todo cambió a partir de esa noche, nuestros problemas pasaron a segundo término por un tiempo, ambos estábamos tan enamorados que nos volvimos descuidados pues paseábamos tomados de la mano en público, por primera vez no me escondía, el cuento de hadas había vuelto con sus felices para siempre.

Sólo faltaba un mes para entrar a la universidad, por lo cual aprovecharíamos el tiempo, todo estaba marchando a la perfección, él ya estaba tramitando su divorcio, así que pronto dejaría de compartirlo, sería completamente mío, sin embargo el destino nos haría otro cambio, pero esta vez radicalmente. Habíamos planeado pasar la noche del sábado juntos, así que acomodé mi coartada con Linda, él llegaría a las siete a nuestro nidito de amor, por eso cuando había pasado una hora y todavía no llegaba comencé a preocuparme.

Marqué a su celular, me enviaba a buzón, volví a marcar y nada así que espere, se hicieron las doce de la madrugada y todo igual, volví a marcar y todavía entraba a buzón, mi mente imaginaba lo peor, tal vez le había sucedido algo.

Tomé el directorio telefónico, llamé hospital por hospital… nada; cuando ya no sabía qué hacer me vino a la cabeza una idea, el gran error de mi vida, tomé el teléfono, tenía el número de su casa, sabía que me estaba prohibido marcar, dudé por un instante, pero la preocupación me ganó, si hubiera sucedido algo su familia sabría, no me importó la hora y marqué.

- Buenas noches – contestó una mujer.

Me paralicé, por la voz pude adivinar que era su esposa, mi boca no pudo pronunciar ni una sola palabra.

- ¿Diga? – volvió a decir.
- ¿Quién es? – preguntó una voz lejana, yo sabía a quién pertenecía, cerré los ojos… él estaba bien.
- No lo sé, nadie contesta – respondió su esposa separándose un poco del teléfono.

Entonces presté atención a los sonidos que se escuchaban al fondo. Música y gente hablando, tenían una reunión, de repente oí un ruido raro.

- ¿Quién habla? – preguntó mi ángel terrenal.

Entonces cometí el segundo error.

- ¿Martín?

Dudé al pronunciar su nombre. Se escuchó un profundo silencio y después colgó.

¿Qué había pasado? ¿Qué había hecho? Comencé a recorrer toda la sala, me había metido en un gran problema, ¿cómo se me había ocurrido hacerlo? No sabía qué iba a ocurrir, él estaría enojado no cabía duda, miré el reloj, las manecillas daban la una y media de la madrugada. Una hora después escuché a lo lejos pasos, pasos rápidos y furiosos, era él. Abrió la puerta velozmente y la cerró con un gran estruendo, me quedé paralizada, nunca lo había visto como esa noche, el rostro que parecía de un ángel perdió sus facciones celestiales, no conocía a esa persona. Furioso se acercó a mí, me tomó de los hombros y comenzó a sacudirme.

- ¿Qué diablos estabas tratando de hacer? – gritó.
- Nada – contesté asustada.
- ¿Cómo que nada? – volvió a gritar - ¿Por qué diablos llamaste a mi casa?
- Estaba preocupada, no sabía nada de ti, pensé que te había pasado algo.

- ¡Te dije que nunca lo hicieras! ¿Qué no piensas o qué? – me soltó aventándome - ¡Pero eso me busco por enredarme con una maldita niña!
- Sólo quería saber que estabas bien.
- ¿Eres tonta o te haces?
- No te preocupes, no va a volver a pasar, te lo prometo.
- ¡Claro que no va a volver a pasar, porque tú y yo ya no tenemos nada! ¡No quiero volver a verte! – se dirigió hacia la puerta, yo corrí a taparle la salida.
- No, amor, ¡perdóname! Sé que fui una tonta, no sé por qué lo hice – supliqué mientras trataba de tomar sus manos, comencé a llorar, él me esquivaba.
- ¡Déjame!
- ¡Por favor, perdóname! ¡Te amo! ¡No me dejes! – me arrodillé ante él llorando.
- ¡Levántate, no seas patética! – me tomó del brazo y me levantó bruscamente.
- ¡Perdóname! Hago lo que sea, pero no me dejes – seguía llorando.
- ¡Escúchame bien! – me agarró nuevamente por los hombros apretándome muy fuerte - ¡Maldigo la hora en que te conocí!
- ¡No podemos tirar a la basura nuestro amor!
- ¡Nuestro amor! ¡Qué inocente eres! ¡No puedo creer que te hayas creído todo lo que te dije! ¡Todo es mentira!
- No es cierto, lo dices porque estás enojado – me soltó y sonrió, no era la sonrisa que me derretía, era una sonrisa malévola.
- ¡Todo es mentira! ¡Solamente jugaba contigo!
- ¡No es cierto! – lloré más, no sabía cómo podía llorar tanto.
- ¡No quiero volver a verte! ¡No me busques, no me llames!

- ¡Pero, yo te amo!
- Pues, ¡olvídame! – lo tomé por los brazos, él caminó hacia la puerta arrastrándome.
- ¡No, por favor!
- Entiende, métete esto en tu cabecita, ¡no te amo! – me arrojó para poderse deshacer de mí y salió cerrando la puerta de golpe.

Permanecí en el suelo sin comprender lo que sucedía. No quería creerlo. Seguía derramando lágrimas, entonces un terrible dolor se apoderó de mí. Sentí un gran hueco en mi pecho como si me hubieran arrancado el corazón.

- ¡Te amo!

Gritaba pero él ya no podía oírme, después de tanto llorar ya no tenía fuerzas para seguir, pero aún continuaban saliendo lágrimas a montones.

Cuando ya no tenía fuerzas para estar sentada en el suelo, me deje caer hasta que mi rostro tocó la alfombra, así seguí llorando hasta que me quedé dormida.

Capítulo 11

Abrí los ojos, estaba amaneciendo, me había quedado dormida. Miré al techo confundida, había tenido una pesadilla que todavía retumbaba en mis oídos, escuché ruidos, todos estaban despiertos, mientras se iba despejando el sueño me daba cuenta de que no era una pesadilla… era real.

Sentía todo como si hubiera pasado un día antes, percibí todo tan reciente, la herida seguía punzando como la primera vez, me senté en la cama, miré a mí alrededor, todo era tan ajeno para mí, entonces escuché que alguien abría la puerta. Entró mi mamá, al verme sonrió y se acercó.

- Pensé que todavía estabas dormida.
- Acabo de despertarme.
- En ese caso, ahorita te traigo el desayuno – salió de la habitación.

Al poco rato volvió con otra charola, fruta y jugo de naranja era el desayuno, mientras comía, mi madre me observaba al otro lado de la cama, me sentía un poco intimidada, pero no dije nada, comprendía lo que sucedía, quería asegurarse que estuviera bien después de la terrible semana que estuve enferma.

Cuando terminé, ella tomó la charola y se retiró para que descansara pero no tenía sueño así que me levanté y recorrí la habitación, al llegar al escritorio tomé un sobre amarillo, saqué el contenido, eran las fotografías con mi ángel terrenal. Sentí un fuerte dolor en el pecho, como si le hubiera puesto alcohol a la herida. Los metí de nuevo en el sobre y los guardé en un lugar donde no las tuviera a la vista.

Me senté en la cama, recordé mi pesadilla, aún no podía creer lo que había sucedido, no estaba dispuesta a creerlo, comencé a engañarme diciendo que todo era mentira, que todo lo que él había dicho era por enojo pero que en verdad me amaba, busqué el celular, tal vez él me había llamado o enviado mensaje, quizás habría tratado de comunicarse conmigo. No preguntaría a nadie si él había venido a la casa o llamado al enterarse de que estaba enferma, sabía que Carlos no me lo diría, revisé el celular… nada.

Me calmé pensando que a lo mejor no se había enterado, pero había pasado una semana sin vernos, ¿cómo no se daría cuenta? Tal vez vino y Carlos le negó la entrada. Dejaría pasar unos días para que me buscara.

Transcurrieron tres días y seguía sin saber nada de él, le llamé a su celular pero me envió a buzón, ¿qué habría pasado con él después de aquella noche? Decidí averiguarlo, marqué a su trabajo y me lleve la primera gran decepción. Una señorita muy amablemente me dijo que

había pedido vacaciones, aunque no pude sacarle cuánto tiempo, comentó que la razón que había dado era porque aprovecharía la época de vacaciones de verano y saldría con su familia de la ciudad. Estaba tan preocupado por mí el señor que se había ido con ellos, al saber esto entré en una depresión, no le importaba ni un poco como estaba. Mientras yo sufría, él se divertía de lo lindo con su esposa e hijos.

Miré las paredes de mi cuarto, llevaba una semana y media encerrada en ese lugar llorando porque me había dejado, a pesar de que estaba todo muy claro, nuevamente lo negué hasta que al día siguiente me enteré de que había vendido el departamento… nuestro nidito de amor.

Al parecer estaba dispuesto hacer como si nunca hubiera pasado, como si yo no hubiera existido, entonces fue cuando dejé de engañarme, todo lo que él había dicho era verdad, ¡no me amaba! Lo que había sucedido era solamente un hermoso sueño y nada más. Durante tres meses y medio había vivido en una burbuja suave y delicada que en una fracción de segundo explotó haciendo un gran estruendo.

Tomé el sobre amarillo con las fotos, las miré una por una, cada vez que las veía sentía como si un cuchillo se clavara en mi pecho y poco a poco se encajaba más, aunque me dolía profundamente no quería dejarlas, era un acto masoquista, lo sabía, pero ¿qué más podía hacer? Amaba profundamente a ese ser que me causaba tanto daño, pero no podía vivir así, no podía seguir muriendo por él… entonces recordé, corrí al escritorio y tirando todo busqué un libro. Cuando por fin lo encontré, lo tomé y mirándolo me senté. Lo abrí, mi mente entrelazo todo, la historia que tanto odiaba era el ejemplo perfecto de la mía.

Rose y Daniel, mi ángel terrenal y yo. Él quedaba muy bien en el personaje de Rose y yo en el de Daniel, recordando la historia me di cuenta de que todo el libro o por lo menos la historia en general era parecida a lo que me había pasado, sólo que había dos pequeñas diferencias, en mi historia de amor el protagonista tenía familia y la parte más importante, él no me amaba. Rose no tenía lo primero y aunque ella lo negara, estaba enamorada de Daniel.

Por primera vez después de mucho tiempo, comencé a leer el libro sin la necesidad de arrojarlo, quería saber cómo terminaba la historia. En ese momento lo único que me interesaba era terminarlo, así que cuando menos pensé ya era de noche. Cerré el libro, por fin había leído hasta el final, miré la pared de enfrente, el final de la historia era que Daniel se había suicidado porque se dio cuenta que no podía vivir sin Rose y ella había acabado sola llorándole todas las noches al que había sido el amor de su vida. Lo que mal empieza, mal acaba.

Cerré los ojos, no podía seguir así, no debía apartarme del mundo sólo porque él me había dejado. Recordé todos los momentos juntos, aún no

estaba completamente convencida de lo que había pasado, parecía que todo había sido como un sueño, un hermoso cuento de hadas en donde yo era la princesa que esperaba la llegada del príncipe para que me despertara con un beso de amor verdadero, pero había transcurrido más de una semana y él no aparecía así que la bella durmiente tuvo que despertarse sola para enfrentarse a un mundo en donde no existían los felices para siempre.

De repente sentí un gran dolor en mi pecho, comencé a llorar, con gran enojo tomé nuevamente las fotografías, estaba decidida a acabar con ese sufrimiento, tomé un bote y un encendedor, prendí las fotos, dejé que se consumieran por el fuego. Entonces me di cuenta, los cuentos de hadas no existían, eran producto de mi mente, de mi imaginación.

Prometí que nunca más iba a derramar ni una sola lágrima por él, no estaba dispuesta a arruinar mi vida, a perder mi tiempo por alguien que sólo había jugado conmigo, dejaría todo atrás, de hoy en adelante solamente pensaría en mí y en los estudios, no quería volver a enamorarme, ya no creía en el amor, ya no creía en nadie ni en nada, ni siquiera en mi misma.

Capítulo 12

Vivir una vida nueva era algo totalmente imposible, tratar de actuar como si el pasado no me marcara era todavía más difícil.

Sentada en una banca en la plaza pensaba una y otra vez como sobreviviría, tenía que hacerlo no le daría el gusto al señor de verme destruida, quería demostrarle que podía seguir sin él, pero ¿realmente podía? No lo sabía pero trataría, no me permitiría seguir de esa forma, vivir sin él y morir me eran iguales. Cerré los ojos por un momento, en mi mente apareció la fisonomía que anhelaba, que tanto deseaba, no había vuelto a llamar a su trabajo para sacar información, no sabía si el señor estaba de vuelta de sus vacaciones familiares, y la verdad no quería saberlo…

"El señor", ya no era mi ángel terrenal, ahora era seca y simplemente el señor. Abrí los ojos, observé a una persona acercarse, me miraba fijamente, cuando se sentó a mi lado, seguí observando hacia adelante.

- ¿Cómo estás? – preguntó Carlos preocupado.

No me sorprendía que estuviera ahí, mi madre le habría llamado diciéndole que por fin había salido de la casa después de tres semanas de encierro.

- Bien, gracias – respondí con una sonrisa fingida, voltee a verlo.

No tenía ganas de hablar lo cual comprendió, así que fue él quien platicó, lo único que quería hacer en ese momento era escuchar sin decir absolutamente nada, me fui sintiendo cómoda con la charla, él solo hablaba sin esperar respuesta, de vez en cuando contaba algún chiste y volteaba a verme, yo reía no porque el chiste fuera bueno sino por la forma en que lo decía.

Después fuimos a caminar, mientras nos dirigíamos a mi casa sentí un extraño sentimiento, por primera vez me sentía bien, así que pensé que no sería tan difícil olvidar todo lo que me había pasado, pero sobre todo tenía una pequeña esperanza de que podía estar sin él.

Al llegar a mi casa Carlos se despidió y prometió pasar por mí al día siguiente por la tarde, algo que me parecía completamente maravilloso, él estaba dispuesto a entretenerme lo más posible con lo cual estaba agradecida, tanto que mi amigo estaba haciendo por mí y yo que lo había juzgado mal cuando supo mi relación con mi… con el señor.

Llegó un tiempo en que no quería que obscureciera, tenía miedo a dormir, cuando cerraba los ojos aparecía aquella pesadilla, era tan real que el

dolor en mi pecho volvía, era un dolor agonizante que no me dejaba respirar, cuando me recuperaba no quería cerrar los ojos otra vez, porque la pesadilla siempre regresaba.

Así pasó lo que restaba de las vacaciones de verano que para mí desgracia habían transcurrido volando, no quería volver a la escuela, aunque extrañaba a mis amigos y el ritmo de las clases, había algo que hacía un martirio el regreso, sabía que él estaría allí a unos cuantos metros, no podría estar tranquila al saber que estaría por los mismos pasillos que yo.

La gran incógnita era que pasaría cuando volviera a la escuela, cuando me lo encontrara en los pasillos de la universidad, podría resistir a su hermosa figura o sin dudarlo me arrojaría a sus brazos sin importar nada, sin importar lo que me había hecho.

Cuando menos pensé ya era domingo veintidós de septiembre, el calendario escolar marcaba el lunes veintitrés de ese mes como inicio de clases, todo ese día me la había pasado con Carlos y Linda, ellos al igual que yo temíamos a que esa fecha llegara, mañana sería el día más difícil de mi vida, el día en que tendría que enfrentar la realidad. Mis amigos se encontraban mirándome fijamente, sabían lo que estaba pensando.

- ¿Estás bien? – preguntó Linda sentándose a un lado de mí en la cama.
- Sí, estoy bien – mentí aunque al parecer sin mucho éxito.
- Si no estás lista para regresar a la universidad puedes pedir licencia de un semestre – dijo Carlos.
- O puedes tomarte una semana más – decía Linda – Al fin y al cabo no te pierdes de nada, es la primera semana.
- Estoy lista para volver – respondí mirándolos – De todos modos para que lo retraso, algún día tiene que suceder, prefiero que pase lo más pronto posible. No se preocupen estoy lista, podré afrontar lo que tenga que pasar – miré a mis amigos que se mostraban preocupados – No se preocupen, voy a estar bien, lo estaré.

De repente sonó el teléfono, me levanté hacia donde estaba y contesté.

- Hola – nadie contestó - ¿Diga? – nuevamente silencio - ¿Quién habla? – miré a mis amigos, extrañada colgué.
- ¿Qué pasó? – preguntó Linda.
- Nadie me contestó – tiré el auricular a la cama – Era el mudo – bromeé – Ya van varias veces que llaman.
- No te preocupes – dijo Carlos – Eso pasa todo el tiempo en mi casa.
- Sí, en la mía también – dijo Linda – Es gente que no tiene nada que hacer.
- Sí, lo sé – contesté, guardé silencio pensando, descarté todo pues era completamente imposible.

Los sonidos de la música resonaban en mis oídos, pero no les prestaba atención, me dedique a observar las calles por donde circulaba el camión, el que me llevaba directo hacia el paredón. Cuando llegué a la puerta de la universidad me entraron unas ganas horribles de salir corriendo pero me quedé parada, cerré los ojos, el tormento sólo sería por una hora mientras da su clase en el mismo edifico que yo.

Agarré valor y crucé la escuela hasta la explanada en donde estaba mi edificio, fue grato saber que ya habían llegado varios compañeros, así que me reuní con ellos. Cuando llegaron más nos dirigimos hacia el que sería nuestro salón por los siguientes seis meses.

Al poco rato entró el nuevo profesor de la primera hora y la clase comenzó. Contenta por estar de nuevo con mis amigos se fue pasando el nerviosismo, pero cuando el reloj marcaba cinco minutos para que terminara la clase, comencé a sentir un fuerte dolor de estómago, el profesor se despidió y salimos al pasillo.

Observamos la explanada en busca de quien sería nuestro nuevo profesor de la segunda hora, afortunadamente llegó puntual y me dediqué a ponerle atención, a veces mi mente volaba al otro extremo del pasillo en donde el señor seguramente estaría dando clase.

El profesor nos dejó salir unos minutos antes de que se terminara la hora, así que salimos nuevamente al pasillo, no podíamos ir a otro lugar porque no conocíamos a los maestros, nos tuvimos que conformar con quedarnos allí. Mientras mis amigos hablaban yo miraba fijamente la puerta por donde saldría él en cualquier momento. El tiempo me pareció eterno, de repente vi a la profesora que el semestre pasado había sido la de la tercera hora entrar al salón en donde supuestamente él debía estar impartiendo clase, me quedé perpleja, ¿qué había ocurrido? No lo había visto salir, lo habría notado, era muy extraño, pensé que a lo mejor había salido temprano, respiré hondo.

- Será mañana – pensé.

Sin embargo para mi sorpresa el día siguiente tampoco lo vi salir, ¿qué es lo que estaba pasando? Así sucedió toda la primera semana de clases. Comencé a elaborar mis hipótesis, la única que tenía sentido es que había renunciado. ¿Sería capaz de dejar la clase que tanto le gustaba impartir sólo para no verme?

Durante el fin de semana mi cabeza estuvo dando vueltas en ese tema, tenía que descubrir la verdad o me volvería loca así que planee ir a la sala de maestros, tenía que saber.

El lunes antes de dirigirme hacia mi salón fui directo a la sala de maestros, con el pretexto de buscar a uno de mis profesores revisé todas

las listas, localicé el primero donde él daba clase, la hora… su nombre estaba ahí aunque no había ninguna firma de la semana pasada. Agradecí a la señora y caminé rumbo a mi salón, estaba completamente confundida, tanto que en la primera clase no pude concentrarme, pasó la hora, no me tomé la molestia de revisar si había dado clase, si la semana pasada no había venido, ¿por qué esta sí?

Mientras esperábamos al profesor de la tercera hora en unas mesitas, mis amigos sacaron la plática que tanto quería pero que nunca había formulado.

- ¡Qué raro! El único que no se ha visto es el profesor de la segunda hora del semestre pasado – dijo Lili.
- Sí, es cierto – contestó José.
- ¿Ya habrá renunciado? – preguntó Mauricio.

Solamente me quedé callada, quería saber si alguno sabía el por qué no había venido a clase pero al parecer tenían menos información que yo.

- ¿Quién me acompaña afuera a comprar unas papas? – preguntó Kathy levantándose.
- Yo voy – dijo Maribel.
- Yo también – decían José y Mauricio al mismo tiempo.

Sólo nos quedamos Lili y yo en la mesa, platicamos de un sinfín de cosas, entonces lo vi, tan guapo como siempre, con un traje negro, camisa blanca y corbata tinta con rayas, pasó sin darse cuenta de mi presencia, por la hora ya se iba.

- Mira, ahí va el profe de la segunda hora – lo señaló Lili cuando lo vio pasar.
- ¡Ah, sí! – contesté con tono despreocupado.

Hice hasta lo imposible para que Lili no escuchara el ritmo frenético de mi corazón, lo seguí con la mirada hasta que desapareció por completo.

Al día siguiente me arreglé lo mejor que pude, quería verme hermosa para que el señor se diera cuenta de lo que había perdido. Traté de disimular el nerviosismo que tenía, mis amigos me habían notado rara desde que regresamos de vacaciones, ya no hablaba de mí, ni si quiera hablaba, sólo me limitaba a escuchar y ellos sabían que esa no era mi forma de ser.

Cuando se terminó la segunda hora bajamos a la explanada, como todas las mesas estaban ocupadas nos sentamos en una banca frente a nuestro edificio. Aunque trataba de poner atención a la plática de mis amigos, mis ojos miraban a la puerta por donde vería al señor, de repente salió, se quedó en el barandal para prender un cigarro, volteó hacia la explanada,

se quedó inmóvil, cerré los ojos, me había visto.

Al abrirlos ya no estaba, moví la cabeza en busca de él pero no lo vi, entonces de la nada apareció enfrente de nosotros caminando directamente hacia mí, a medio camino se paró en seco y se fue directo a la puerta de la universidad. Lo observé hasta que nuevamente desapareció. Cuando ya no alcanzaba a mirarlo, voltee hacia mis amigos, no había notado el silencio que habían hecho, al verlos me di cuenta de que ellos hacían lo mismo, habían visto la escena y estaban confundidos.

- ¿Qué fue eso? – preguntó José todavía mirándome.

Nadie dijo nada, sólo me observaban esperando una respuesta, suspiré y cerré los ojos, ahora tenía que contar nuevamente la historia, la que quería olvidar. Me paré delante de ellos, merecían una explicación, así que les conté todo lo que había sucedido entre el señor y yo.

Capítulo 13

Transcurrió el primer mes sin nada relevante, estaba orgullosa de mi porque había podido estar alejada de él, los primeros días cuando lo veía pasar, regresaba el dolor agonizante en mi pecho pero poco a poco pude ir quitándole efecto. Mis amigos cuando lo miraban volteaban a verme preocupados, ante esto sólo sonreía para tranquilizarlos, me había sorprendido lo bien que se habían tomado mi historia, no hubo regaños, solamente se dedicaban a darme ánimos.

Casi siempre el señor al terminar su clase se iba, pero ciertos días que veía algunos compañeros de mi salón se quedaba a platicar con ellos, varias veces miraba discretamente alrededor buscándome, cuando me localizaba ya no volvía a mirarme, ¿por qué hacía eso? ¿tenía su ego tan grande que esperaba verme destruida para que corriera a sus brazos?

Cuando no teníamos ganas de bajar a la explanada nos quedábamos en el pasillo, entonces sentía que alguien me miraba fijamente, volteaba y él en medio de sus alumnos me observaba, yo rápidamente miraba a otro lado y aunque demostraba que no me importaba, mi corazón latía furiosamente lo cual mis amigos podían escucharlo.

El señor cada vez se volvía más obvio, cuando no me veía a simple vista miraba a todos lados, y si no podía localizarme les preguntaba a mis compañeros acerca de mí, aunque claro era muy inteligente para que parecieran sus preguntas como algo normal de una plática, sin embargo yo fui más lista que él para no topármelo en ningún momento, sabía perfectamente a qué hora pasaba por cada lugar, así que cuando un miércoles llegó la cuarta hora estaba aliviada pues él ya se había ido.

Como no asistiría la profesora de esa clase nos fuimos a las mesitas de siempre, yo fui a entregar un libro a la biblioteca y cuando me reuní con mis amigos lo vi sentado platicando con ellos, sin embargo no estaban contentos, pero hicieron todo lo que podían para disimularlo ya que estaban acompañados por otros miembros del salón, para no verme tan obvia, llegué a donde se encontraban, él me observó detenidamente. Yo lo ignoré.

-¡Hola! – me saludó.

Mis amigos se pusieron rojos del coraje, era un hipócrita, después de todo lo que me había hecho tenía la desfachatez de saludarme como si nada hubiera ocurrido.

-Hola – respondí sin mirarlo, tomé mi cartera.
-¿Cómo estás? – preguntó sin quitarme la vista.
-Bien, ¿y usted? – lo miré, pero no fue de amor como antes, fue de

indiferencia, él lo notó.
-Pues, no tan bien como tú – su rostro era serio.
-Eso cree usted – contesté con una cara de enojo.

Todos se nos quedaron viendo, pero como si estuvieran escuchando una plática normal, mis amigos eran los únicos que sabían lo que significaban aquellas palabras, cuando él estuvo a punto de abrir nuevamente la boca, José se levantó lo más rápido que pudo y los demás lo imitaron.

-Mia, ¿me acompañas afuera? – me preguntó José.
-Sí, claro – respiré profundamente al ver que el señor había entendido el teatrito, dio una media sonrisa.
-Nosotros también vamos – dijo Lili.

Nos alejamos lo más rápido que pudimos de ese lugar, él me siguió con la vista hasta que me desaparecí.

Sus visitas se hicieron más frecuentes, pero solamente llegaba cuando había más compañeros del salón, pues si no más estaban mis amigos se daba la media vuelta. Sabía que no era bien recibido por ellos, fue entonces cuando nos dimos cuenta de que él estaba haciendo todo lo posible por acercarse a mí, así que no me dejaban ni un momento sola.

Había días en que se recargaba en un barandal solo, esperando a que pasara y así poder hablar conmigo, pero su sorpresa era grande cuando veía que mis amigos nunca me dejaban sola, al verme rodeada por ellos tomaba sus cosas y enojado se retiraba de la facultad.

La última semana del semestre sólo íbamos por calificaciones lo cual nos dejaba mucho tiempo libre, el último jueves debíamos ir por una materia, pero como era la última hora, mis amigos y yo nos quedamos de ver unas horas antes para ir a pasear y de ahí ir a la universidad. No fuimos lejos de la escuela para poder llegar a tiempo, como nos encantaban los helados fuimos a comprar unos, luego a un parque cercano para divertirnos, después nos dirigimos a la escuela por nuestra última calificación, como José tenía automóvil en unos minutos estábamos en la escuela.

Cuando llegamos a la universidad nos estacionamos lo más cerca posible de la entrada, de repente vimos a una persona que se aproximaba hacia nosotros, todos voltearon a verme… era él.

Aun en el auto nos quedamos en silencio hasta que José decidió dar la iniciativa, abrió la puerta, todos lo imitamos, cuando ya no quedaba nadie adentro caminamos hacia la puerta, él comenzó a caminar más rápido, todos se dieron cuenta y me rodearon para cubrirme, él notó la estrategia de mis amigos pero no le importó, iba con un paso firme hacia mí, cuando

vio que era imposible pasar entre ellos se paró.

-Mia, me gustaría hablar contigo en privado – dijo viendo a la fortaleza que me ocultaba.
-No tenemos nada de qué hablar – respondí mirándolo fijamente.
-¡Por favor! – rogó.

Su rostro mostró la dulzura con la que me había conquistado. No respondí, voltee a ver a mis amigos y ellos a mí, estaban esperando una respuesta.

-Está bien – todos me miraron con preocupación.
-¿Estás segura? – preguntó Mauricio.
-Sí, no se preocupen voy a estar bien.
-Si nos necesitas vamos a estar por aquí – dijo José acercándose.
-Sí, claro. Gracias – contesté mientras todos caminaban.

Como seguían preocupados decidieron no irse pero estarían lo más retirado para dejarnos hablar, así que cruzaron la calle y se sentaron en una banca.

-¿Qué es lo que quiere? – pregunté cuando por fin estuvimos solos.
-Quiero aclarar unas cosas.
-¿Sobre qué?
-Sobre lo que ocurrió con nosotros.
-Entre usted y yo nunca pasó nada, eso me lo dejó muy claro la última vez que nos vimos, cuando usted me dejó.
-Antes que nada quiero contarte lo que sucedió después que te dejé esa noche – suplicó, no respondí así que continuó – Cuando salí del departamento, estaba enfurecido, no pensaba correctamente, todo lo veía tan confuso, me dirigí hacia la camioneta deseando que nunca me hubiera involucrado contigo. A los diez minutos después de que te había dejado me arrepentí, durante ese tiempo estuve en mi camioneta aferrado al volante para no regresarme, me repetí muchas veces que no te amaba, que lo que me atraía a ti era simplemente un capricho, ya era demasiado tarde para volver atrás. Sentí un gran miedo, miedo a lo que sentía por ti, no quería creer que estaba enamorado, pero también tenía miedo a lo que eso significaba, a cambiar todo, perder mi vida que llevaba, mi familia, así que decidí alejarme sin mirar atrás. Decidí irme lejos con mi familia, hacer como si nunca hubiera pasado nada, como si no existieras, traté de reemplazarte con mi esposa, pensé tontamente que te olvidaría, que si no te tomaba importancia tu recuerdo se desvanecería.
-¿Y lo logró?
-No. Desde el primer día te tenía presente en mi mente, cuando estaba con ella, en el fondo deseaba que fueras tú. Todo este tiempo sufrí mucho, me estaba muriendo en vida y aunque traté de arreglar mi matrimonio ya estaba destruido antes de que tu aparecieras, solamente fuiste la gota que derramó al vaso. Noche tras noche soñé con verte otra

vez, pero aunque sabía que no había arreglo decidí seguir con mi esposa por mis hijos, no soportaba verlos sufrir, cuando los problemas regresaban y estaba dispuesto a mandar todo al infierno, te llamaba, escuchar tu voz me hacía volver a la vida, me daba la fortaleza para seguir, eres la razón por la que sigo de pie. Y ahora puedo ver el gran error que cometí al dejarte – se acercó.
-¿Y qué quiere que haga? – pregunté alejándome de él – Que olvide todo y me arroje a sus brazos, que lo perdone y siga adelante. Soñé muchas veces con este momento, pero ya es demasiado tarde.
-Mia, ¡por favor! – decía mientras trataba de tomar mis manos, yo lo esquivaba.
-Ya me contó su historia de cómo sufría sin mí, ahora le contaré la mía, de cómo me dejó destrozada. Después de que se marchó del departamento me quedé llorando por usted, gritándole que lo amaba, perdí mi dignidad llorando en el suelo, Carlos y Linda tuvieron que ir por mí. Dure una semana inconsciente, perdí una semana de mi vida por usted, ¿y qué sucedió después de que reaccioné? Cuando regresé a la realidad esperé que me buscara, que me dijera que todo era mentira, pero usted nunca apareció, hasta que un día me enteré de que se había ido con su familia de vacaciones, ahí fue cuando me di cuenta de que yo no era nada para usted y me prometí que nunca más iba a dejar que me volviera hacer daño, no estaba dispuesta a derramar una lágrima más. De esa niña tonta, dulce e inocente que conoció, ya no queda nada. Así que no venga a decirme todo lo que sufrió por mí, porque yo recibí más daño que usted.

Lo miré a la cara, mostraba angustia, yo era un bloque de hielo que no podía derretirse.

-Así que hagámonos un favor y deje las cosas como están.
-¡No puedo dejar las cosas así! ¿Qué no entiendes? – decía mientras se acercaba desesperado.
-¿Qué no entiendo?
-¡Qué te amo! – gritó.

Su voz se escuchó por todo el estacionamiento, mis amigos voltearon inmediatamente hacia nosotros.

-¡Te amo! ¡Eres todo lo que un día soñé! ¡Te basto sólo un segundo para meterte en lo más profundo de mí! ¡Eres todo lo que quiero y necesito! ¡Te necesito más que al aire o el agua! ¡Te necesito para seguir viviendo! ¡Mi vida no vale nada sin ti!

Se acercó, me tomó por la cintura y acarició mi rostro, estábamos tan cerca que podía sentir el roce de su nariz con la mía.

-¡La vida no vale la pena sin ti! ¡No podría vivir un día más si no te tengo

a mi lado!

Me besó, por unos minutos no sabía qué hacer, cuando sentí sus labios rozando los míos volvieron todos esos sentimientos que había dejado atrás, que había decidido olvidar, se separó un poco de mí.

-¡Te amo!
-¡Yo también te amo!

Respondí y me arrojé hacia él, nuestros labios volvieron a tocarse, no nos importó nada ni nadie, sabía que todo el mundo había escuchado la conversación y que estábamos besándonos a las ocho de la noche a unos cuantos metros de la puerta de la universidad, lo único que me importaba era seguir aferrada al hombre que amaba profundamente, aunque fuera un profesor, casado y con hijos. De repente me separé unos cuantos centímetros.

-Te amo, pero no estoy dispuesta a volver a ser tu amante, así que arregla tus problemas y cuando lo hayas hecho nos volveremos a ver.

Lo solté y caminé lo más rápido posible lejos de él, mi decisión estaba tomada, ahora él tenía que hacer la suya, no podía tener a la luna y el sol juntos, tenía que decidir y yo respetaría lo que hiciera.

Los días siguientes fueron completamente extraños, una parte de mi quería que él me escogiera y la contraparte quería hacer lo correcto, pero ¿qué era lo correcto? Me pasé horas enteras buscando la respuesta y aunque ya la tenía me negaba totalmente, no obstante era la única solución.

No quería volver, todo lo que un día fuimos se esfumó para siempre, ambos sabíamos en que acabaría, el solo transcurso del tiempo lo confirmaba y entonces lo supe, así debió ser desde el principio.

Capítulo 14

Abrí los ojos, escuché mi celular sonar, voltee a ver el reloj de la mesita de noche, la una de la mañana, ¿quién enviaba mensajes a esa hora? Sin levantarme estiré la mano en busca de mi celular, lo tomé y lo lleve directamente a mi rostro, me quedé paralizada, no sabía qué hacer, era un mensaje de mi ángel terrenal, otra vez lo llamaba así. No sabía si abrirlo, habían pasado ya cuatro días después de nuestro último encuentro. ¿Qué era lo que quería? ¿Ya había tomado una decisión? Me incorporé en la cama, abrí el mensaje, quería verme al día siguiente.

- Bien hecho – pensé – Ahora no voy a poder dormir mortificada por la cita.

Aventé el celular sin responder el mensaje, no era necesario él sabía que iría. Cerré los ojos esperando poder recuperar el sueño, pero no lo logré, así que me quedé en la cama esperando que amaneciera, que llegara la hora del veredicto final.

En cuanto comenzó a amanecer me levanté y arreglé mi cuarto para no pensar en nada, quería distraerme, sin embargo desgraciadamente mi habitación no estaba lo suficientemente desordenado como para tardarme mucho, así que en cuanto terminé, comencé a arreglarme como siempre quería estar hermosa para él.

Mi corazón latía más fuerte conforme llegaba la hora y al lugar de la cita. Al bajar del camión comencé a sentir como mi cuerpo temblaba por completo, esta incertidumbre me estaba volviendo loca, sabía que la sentencia estaba hecha pero no sabía si era absolutoria o condenatoria.

Llegué al parque y me quedé parada, habíamos quedado vernos en un parque cerca de la universidad pero no en qué lugar pues era enorme, a pesar de ello no fue difícil ubicarlo, él estaba sentado en una banca a unos metros de mí, él estaba guapo como siempre.

Caminé en su dirección, él se percató de mi presencia, se puso de pie y espero en ese lugar, cuando estábamos a unos centímetros de distancia me paré, reinó el silencio, nos quedamos frente a frente sin decir nada, sólo se escuchaba el ruido del viento en los árboles, esperé a que él hablara, pero después comprendí todo… era una despedida.

Nos miramos fijamente, ya no había nada más que decir, nada más que hacer, lo correcto no es siempre lo que queremos, no obstante sabíamos que tenía que ser así, el destino nos había deparado vivir como los grandes amantes clásicos, como Romeo y Julieta, vivir amándonos pero

separados.

Comprendimos que por alguna razón no nos había tocado vivir en el tiempo del otro, estábamos destinados a conocernos pero nada más, él ya había hecho su vida y yo haría la mía, con un último beso suave nos despedimos, no hubo lágrimas ni reproches, nos alejamos cada quien por su lado, agradeciendo los momentos que habíamos pasado juntos y aunque sabíamos que nunca podríamos olvidarnos, hicimos lo que nos marcaba la razón, pensamos con el cerebro, el corazón nos pedía lo contrario, aun así lo único que importaba era hacer lo correcto.